R. FIERRO TORRES
S. S.

EL MAESTRO CORSO

RASGOS BIOGRÁFICOS DE UN COADJUTOR SALESIANO

ESCUELA TIPOGRÁFICA SALESIANA CARACAS 1935

+

Con respetuoso cariño

R. Fierro

EL MAESTRO CORSO

* 1899 † 1935

EL MAESTRO CORSO

RASGOS BIOGRAFICOS
DE UN
COADJUTOR SALESIANO

POR

RODOLFO FIERRO TORRES
S. S.

CARACAS
ESCUELA TIPOGRAFICA SALESIANA
1935

Visto. Puede imprimirse
P. MARTIN CAROGLIO, S. S.
Censor

Nihil obstat
P. SERAFIN SANTOLINI
Inspector

Imprimatur
MONS. MANUEL PACHECO
Prov. y Provic. Gen.

25, 3, 35, Fiesta de la Anunciación
de la
VIRGEN SANTISIMA

PRÓLOGO

JESUS, MARIA Y JOSE

Rvmo. P. Serafín Santolini:

Aquí tiene, amado Padre, cumplido, si no satisfecho, el deseo que V. R. expresaba la tarde del 5 de enero cuando regresábamos del cementerio, después de haber depositado en nuestro sencillo panteón de familia, los despojos mortales del Hermano Corso. — Si se pudiera hacer una pequeña biografía de este excelente hermano. . ! decía V. R. recogiendo en su corazón un anhelo que palpitaba en todos los nuestros. Sí, porque todos cuantos conocimos al querido hermano, quisiéramos que su dulce figura y sus ejemplos de Salesiano perfecto, permanecieran entre nosotros, para consuelo y para dechado.

Acostumbrado a mirar como orden los deseos del Superior, propúseme satisfacer ese justísimo suyo, lo mejor que me fuera dado. Y consulté fuentes y busqué datos y me documenté lo bastante para presentar a nuestro pequeño mundo ese simpático personaje con toda la sencillez y sinceridad que correspondieran al alma sincera y sencilla que al volar a su eterno des-

tino dejó en nosotros ese vacío inmenso y esa indefinible nostalgia del Cielo.

Ahí van, pues, esas pobres cuartillas en que he querido trazar el retrato del Hermano. No por escritas con amor son menos objetivas. Todo el que haya convivido con el Hermano Corso hallará, al leerlas, que sólo dicen la verdad y tal vez no toda.

Se las entrego el día de San José, a quien tanta devoción tuvo el Hermano, para que el Santo Patriarca las bendiga y las haga fructíferas en bien.

Bendígalas también V. R. en nombre de Don Bosco Santo.

In. C. J.

El Autor

Caracas: 19 de Marzo de 1935.

I

La cuna

Se ha dicho, no sin gran fondo de verdad, que el hombre es, en gran parte, un producto de su ambiente. Y este ambiente lo constituye no tan solo el sitio en que uno nace, crece y se desarrolla, sino también la sangre que nos trasmiten nuestros padres, las ideas y sentimientos dominantes en la familia, los ejemplos, la educación, y, en una palabra, los factores «herencia y medio».

Sin ser materialistas, podemos muy bien admitir que una buena parte de lo que somos, se lo debemos a esos factores. Un ambiente sano, moral y físicamente, ejerce benéfica influencia y predispone a la salud y al bien. Un mal ambiente la ejerce maléfica y predispone a degeneraciones de diversas clases.

Sobre ese fondo, la educación y la voluntad acabarán de tejer la vida, atemperándose de ordinario, a las circunstancias.

No hay duda que el hogar que al Hermano Corso le cupo en suerte, debió buena

parte de la hermosa y fecunda vida que desarrolló en los 34 años que pasó en la tierra.

El, como el Venerable Vicente Pallotti, (cuya Causa de Beatificación acaba de introducirse,) podía, a cada momento decir: "Esto lo aprendí de mi madre; esto me lo enseñó a practicar mi padre... cuánto debo al Señor por los padres que me dió!" Y como el Vble. Pallotti, efectivamente, solía dar gracias a Dios por el inmenso beneficio de unos padres modelos.

Oriundos ellos de Belluno y Padua, en la alta Italia – vinieron a Venezuela hace cerca de 50 años y a nuestro suelo trajeron la robustez del cuerpo y las grandes virtudes que suele poseer la mayoría de los nacidos en esas afortunadas comarcas, tan sanos, tan vigorosos, tan amantes del trabajo, tan consagrados a su hogar, tan prácticamente cristianos.

Qué vale la vida si no lleva al cielo? qué vale la existencia si no nos conduce a Dios, por Quien y para Quien hemos sido creados? Son vívidas y vívidas frases que muchas veces hemos oído en boca de Don Juan Corso y de Doña María Devenz de Corso, como las habíamos escuchado allá en esos risueños pueblecitos de las Venecias tridentinas.

La sola familia de los Devenz cuenta quince religiosos y sacerdotes en su seno.

Y al cielo han mirado siempre, desde la tierna edad un padre amantísimo que se ha

considerado siempre como un instrumento de Dios en la trasmisión de la vida, de toda la vida, a los hijos que el Creador le confiara, y una madre devotísima que con mano de ángel los recibía como dón del cielo y los conducía como precioso germen que ella más que nadie estaba encargada de ayudar a desarrollar. Ellos viven y con su modo de vivir prácticamente enseñan cómo "la piedad es útil para todas las cosas, así de la vida presente como de la vida futura".

El penúltimo entre ocho hijos, José Fermín, nació en Valencia el 17 de Julio de 1899 y fué bautizado muy pronto, al estilo italiano y como lo desea la Iglesia, en la iglesia matriz, hoy Catedral. Su padrino fué Mons. Víctor Arocha.

De confirmación lo fué el más tarde primer Obispo de Valencia, Monseñor Antonio Granadillo, quien le cobró tal cariño, que cuando llegó la hora de educarlo, decíales a sus padres: "Tráiganmelo, que es mío" – Monseñor Granadillo dirigía en la Capital de Carabobo un Colegio que se hizo famoso.

De esa primera infancia de su hermanito cuenta con encantadora ingenuidad la Señorita Teresa Corso, hoy Hermana María de San José, Sierva del Santísimo:

"Era muy pequeño, no sé si de 4 o 5 años cuando en las travesuras de niño se puso a jugar con unos granos de maíz y de pronto empezó a llorar y cuando mamá se dió cuenta y lo llamó, él contestó: 'No puedo, mamá, tengo

un grano en la nariz y no quiere salir'.

"Y así era. Y con el llanto y el esfuerzo se le introdujo más. Mamaíta llamó al médico, le hicieron remedios, pero no le encontraron grano. Desde entonces empezó a sufrir mucho de la nariz y a respirar mal".

"Lo pusieron en la escuela y un día llegó llorando y diciendo: 'Mamá, no puedo ir más a la escuela porque tengo mal olor en la nariz y los niños se retiran de mí'.

"Desde entonces comenzó su gran amor a la Santísima Virgen y a San José. También le tenía devoción especial a San Antonio y empezó a pedirle que lo curara, ya que los médicos no lo remediaban y cada día iba peor.

"Mis padres le hacían asistir al Catecismo y él se encantaba en él y todos los martes le llevaba velas a S. Antonio para encendérselas.

"Con mamá empezamos los trece martes: nos ponía a nosotros con él para rezarlos delante del Santo, con nuestras luces.

"Recuerdo que entonces nos dió sarampión y él estuvo muy mal, porque le vino una inflamación en toda la cara. Pero seguíamos el rezo de los trece martes. Mamá le preparaba un remedio y al terminar el rezo se lo daba. El último martes, él, que desde chiquito ya tenía mucha fe, dijo: 'Mamá, hoy S. Antonio me va a hacer el milagro y me va a curar'. Y mamá le respondió: 'Sí, mi hijito, lávese'. Y él empezó a hablar con S. Antonio y estando así como dialogando con el Santo, botó

el grano de maíz, que tenía ya cuatro años con él. Mamá y él gritaron y empezaron a darle gracias al Santo por tan gran favor.

"Desde muy pequeño–por ahí a los seis años–decía que iba a ser sacerdote y eran sus juegos favoritos preparar fiestas a la Santísima Virgen y a San José.

"A los 7 años le dió por decir Misa. Arreglaba el altar con luces y flores, que era un primor. Nosotras le servíamos de monaguillos y como algunas veces nos le dormíamos nos llamaba la atención con energía. El mes de María lo celebraba entero con cantos, sermones y procesiones en que él era predicador y celebrante. Como tenía todo cuanto necesitaba, porque a mis padres les gustaba eso y no le dejaban faltar nada, invitaba a los niños y vecinos, que mucho gustaban oirlo".

II

El pequeño apóstol

Desde pequeñito le gustaba reunir a los niños del barrio y los entretenía y les repetía el Catecismo que en su casa le enseñaban y les predicaba con gran seriedad. Y siendo los rapazuelos tan burlones y ligeros, de él no se

mofaban, sino que le escuchaban con gran atención y tenían en cuenta sus recomendaciones.

Pero en la calle no le gustaba juntarse con nadie. Terminadas sus reuniones, en el atrio de la iglesia, cuando no se hacían en su misma casa, licenciaba a sus amiguitos y " derecho como un huso" se marchaba a su hogar.

En la casa tenía un altarcito y sus ornamentos sacerdotales hechos de tela o de papel y hacía sus ceremonias con grande aplomo. Los monaguillos eran al principio sus hermanitas, quería que sirvieran al altar con toda devoción y seriedad; más tarde enseñó a otros niños varoncitos las ceremonias "para no faltar a las leyes que observan los Padres en sus iglesias."

Y había que ver las funciones que se hacían, desde la misa y el sermón, pasando por el asperges, hasta las más suntuosas procesiones. En estas procesiones se cargaban las imágenes de la Santísima Virgen S. José y él solía llevar una custodia de cartón, muy bien imitada.

En la casa había una linda parra que formaba un bello emparrado. Aquí puso él una gruta de Lourdes y fomentó el culto de la Santísima Virgen Inmaculada, incluso rezando el Rosario , especialmente en las novenas y octavarios de las fiestas grandes de Nuestra Señora. — ¿Quién no ve aquí al futuro Salesiano, al imitador de Juanito Bosco, cuando reu-

nía en los prados de Bekis, a sus compañeritos para instruirlos y santamente divertirlos?

El mes de Mayo hacíase ya con gran pompa en La Pastora. Nunca faltaba a las funciones Don Juan y su familia. Desde los siete años y aun antes, Fermín José era el monaguillo inmancable.

Como era ágil y tenía tanto gusto para arreglar las imágenes, el Padre Alexandre lo encargó de la Virgen de la Divina Pastora, que está en un camarín bastante alto sobre el altar dedicado a Ella. Y el muchacho trepaba allá, arreglaba candeleros y floreros con tal gusto que llamaban la atención. Muchos al verlo allá, decían: "Es un ángel!" Y ángel era de inocencia y también de celo. Poníase a la puerta de la iglesia en las horas en que más gente pasaba, y con gracia soberana decíales a los pasantes: "No vendrá U. a la función de las flores? Mire que será muy bonita". Y casi todos le prometían hacerlo. Y lo cumplían.

Vese aquí una marcada vocación al apostolado. Ese niño de siete años, edificando al pueblo con su ejemplo y con su ejemplo fortificando las palabras; ese pequeño apóstol de la Acción Católica nos enlaza con los Tarcisios y los Domingos Savios y nos anuncia ese apostolado juvenil que Don Bosco había de preparar y Pío XI había de organizar para lanzarlo a reconquistar el mundo para el Cristianismo, con el lema «la paz de Cristo en el reino de Cristo»?

III

Más de la infancia

Desde los 7 años hubo en el niño más reflexión y si cabe, una devoción más seria.

Sigamos oyendo a sus hermanitas:

"Papá le enseñó a ayudar a Misa.

"Y desde entonces, diariamente se la ayudaba al Padre Cortina en las Hermanitas de los Pobres. Y le ayudaba igualmente en todas las funciones. Y eso que eran muy largas; pero nunca se quejó y mostrándose siempre contento les ayudaba a todo. Y también le acompañaba al Cerro, al Calvario, a la Trinita, y hacían el Víacrucis. Y el chiquillo siempre andaba con el Padre, y empezó a estudiar Latín".

Es muy encantadora esta observación sobre lo largo de las funciones y el no quejarse del niño: y no era ciertamente que no se cansara. Era que ya desde entonces sabía dominarse y sacrificarse. Era la herencia, el ejemplo, la educación del hogar.

Más tarde, cuando manejó niños y pudo con cierta libertad disponer horarios, procuró siempre dar a las funciones de iglesia cierta variedad y que no les prolongaran demasiado, porque, decía, los niños se cansan y hasta se

fastidian: y la piedad con el fastidio no se compaginan. En esto seguía, indudablemente, las directivas y mandatos de Don Bosco Santo; pero también, no hay duda, influían sus recuerdos personales y con esa especie de instinto tan certero, y buen sentido que poseía, comprendía perfectamente que a la inmensa mayoría de los niños no se les pueden pedir esos actos permanentes de heroísmo.

Por lo demás, el Padre Cortina y el Padre Alexandre, varones de apostólico celo y muy conocedores del humano corazón, daban a sus funciones todos los atractivos que las hacían agradables y aptas para fomentar la piedad, ocupar el tiempo y prevenir la disipación y el aburrimiento. Así esas romerías al Calvario y a la colina de Santa Ana y al Cerro de las Tres Cruces, cantando el Rosario, haciendo solemnemente el Viacrucis, esas romerías en que tomaban parte millares de personas, esos sermones al aire libre, en el tope del monte a la salida del sol o a la caída de la tarde, cuando el mismo espectáculo de la naturaleza predispone las almas a las dulces efusiones del amor y de la poesía del cielo.

Pero oigamos aun a las Señoritas Corsos:

"Vivíamos en la Pastora, donde el Padre Alexandre dominaba en los corazones con el imperio de un rey y sabía servirse del amor y veneración que inspiraba, para fomentar la piedad.

"El padre celebraba con grande esplendor

el mes de María. Papá le ayudaba cuanto podía. Y nuestro hermanito Fermín no quería quedársele atrás. Muchas cosas que papá ya no podía hacer, las hacía él. Ambos se esforzaban por ayudar al Padre a que las funciones resultaran muy bonitas."—Ya veremos en qué consistían estos esfuerzos.

Prosigue la Hermana Teresa : " Nunca le oímos una palabra descompuesta ni una mentira. Era alegre, caritativo, todos lo querían y buscaban su compañía, especialmente las personas ancianas y las afligidas, porque sabía entretener y consolar y prestar servicios."

Vese aquí ya delineada esa fisonomía recta y simpática que dulcemente se imponía por la bondad no menos que por la energía. Porque el Hermano Corso, si supo ser siempre bueno y atento, también supo ser valiente y enérgico siempre. Cuando del deber se trataba, o de la gloria de Dios o del bien de las almas, sabía mantenerse firme, cortésmente intransigente y si preciso era, imponer su criterio.

IV

Otros testimonios de ese idilio

Cuando el Padre Alexandre trató de cumplir en su iglesia las instrucciones de Pío X sobre el Canto litúrgico, se halló con que carecía de elementos. Hasta entonces un grupo entusiasta de fervorosas señoritas mantenían en vigor las funciones religiosas, y por cierto con gran éxito. Manifestó sus penas a Don Juan y el buen caballero se puso inmediatamente a aprender las Misas y lo demás según las nuevas disposiciones. Su hijito lo acompañaba. "Y qué lindas se oían esas dos voces, dice la Señorita Virginia Burgos, (que era entonces una de las principales directoras de los famosos coros valencianos) : a la grave del papá como que se adhería la argentina del niño, dándole cierta frescura y flexibilidad que arrobaba. Y como cantaban en sitio donde se les podía ver solía la gente mirarlos, porque experimentaban devoción".

Pronto se formó un coro de niños, que preparaba la misma profesora que hasta entonces dirigiera los de señoritas y niñas, y José Fermín era como el alma de dicho coro, no sólo por la dulzura robusta de la voz sino tam-

bién y principalmente, por la seriedad que ponía en los ensayos y porque como naturalmente se imponía a los demás, infundiéndoles cierto respeto reverencial.

D. Juan ayudaba siempre la primera misa, que solía celebrarse muy temprano. Su hijito lo acompañaba y pronto aprendió también a ayudarla;de modo que era un encanto ver a ese recio varón acompañado de ese angelito. "Hacían pensar en la Sagrada Familia", agrega la Señorita Burgos. Su padre lo llevaba siempre muy bien vestido, añade, por manera que esa misma limpieza y la gracia con que llevaba sus vestidos. empeñaban más la devoción.

Cuando llegaba la Novena del Niño Dios y se celebraban las Misas de aguinaldo, que eran muy temprano, D. Juan las ayudaba todas. Y a su lado nunca faltaba el niño. Y terminada la misa el pequeñín apagaba las velas del altar, y lo hacía con tanta gracia que la gente se quedaba mirándolo, como si fuera un ángel.

Desde entonces, pues, tenía esa elegancia sencilla y natural que tanto cautivaba a cuantos lo trataban.

Qué hermoso es todo esto, en su misma sencillez! Cómo se ve la formación cristiana de estas familias! Qué delicado aroma no se desprende de todo esta y qué bien se comprende qué verdadera felicidad estaban saturadas e impregnadas estas vidas! Y cuando el Papa nos llama a organizar la Acción Católica ¿qué

otra cosa quiere sino universalizar estos bienes?

V

La Primera Comunión

Un día se entabla entre D. Juan y el Padre Riva, entonces Director del Colegio Don Bosco de Valencia, este diálogo:

— Y qué vamos a hacer con José?

— Pues que entre externo al Colegio.

— ¿Y no le valdría más que estuviera encerrado del todo?

— No creo que haya necesidad de eso.

— Mire que estaría mejor. La calle tiene siempre sus peligros.

— Pero nosotros lo cuidamos muy bien. Y además, tiene que ayudar a misa en la casa de las Hermanitas. Ayudar a misa le gusta mucho.

— Pues aquí podrá ayudar cuantas quiera.

— Pues es que las Hermanitas se quedan sin monaguillo porque no habrá quien ayude.

— Dios les proveerá.

— Padre Riva, yo no creo conveniente ponerlo interno, estando sus padres en la ciudad.

Los dos amigos se separaron, algo preocupados ambos: a D. Juan le habían hecho mella

algunas palabras del sacerdote. Pero a éste no se le ocultaban tampoco las ventajas de un hogar como el de los esposos Corsos, ni los inconvenientes que puede tener un internado.

El niño quedó por entonces, como externo del Colegio Don Bosco.

Diez años bien cumplidos tenía y aun no había hecho su primera Comunión. Todavía no se habían generalizado las providenciales normas de Pío X.

Como buen Salesiano, púsose inmediatamente a la obra con entusiasmo el buen Padre Director. Para él las normas de Pío X no era sino una sanción eficacísima de las prácticas y mandatos de su Santo fundador Don Bosco. El niño estaba más que suficientemente instruído y preparado para el grande acto y ardientemente lo deseaba.

Niño tan inteligente y piadoso tenía que darle grande inportancia a ese acto trascendental de la vida. Dedicó con afán a "prepararle a Jesús un buen hospedaje en su corazón."

El 18 de diciembre de 1910 Jesús Sacramentado tomó posesión de ese hospedaje.

"Después que hizo su Primera Comunión, ya nunca tuvieron que mandarlo, pues que espontáneamente hacía lo que debía y lo que creía que daría gusto, a nuestros padres... no faltaba jamás a misa, sino que diariamente la ayudaba con singular devoción".

Un cuadernito de apuntes en que anotó al-

gunos datos y recuerdos de su vida, nos permite conocer los propósitos que tomó el día de su primera Comunión:

1 Mi modelo será Domingo Savio. Antes morir que pecar;

2 Mis amigos serán Jesús, María y José.

3 Me confesaré todas las semanas

4 Todas las mañanas diré al despertarme :"Todo por Vos, Sacratísimo Corazón de Jesús.

5 Obedeceré en todo a mis Superiores y rogaré todos los días por ellos y por mis padres y hermanos."

Y añadía esta oración:

"A mi mamá María Auxiliadora:

María, Madre mía, os doy mi corazón; haced que sea siempre vuestro. Jesús y María, sed siempre mis amigos. Pero por vuestro amor, hacedme morir mil veces antes que tenga la desgracia de cometer un solo pecado.

María, mamaíta mía, quiero ser siempre puro; siempre hijo vuestro; haced que muera antes que cometer un pecado contrario a la virtud de la modestia."

Como era natural, a ese acto y a ese día se les dió una grande importancia, tanto en el Colegio como en la casa de familia. Al niño se le festejó mucho; pero se procuró que no se disipara que ni los agasajos, le distrajeran de lo principal ni le hicieran «faltar a las obligaciones y conveniencias que el digno hospedaje al Rey de los cielos le imponía.» Se le retrató; recibió e hizo visitas, repartió dulces a sus com-

pañeros, estampitas a sus amistades. Y, como para dar unidad a la vida y refrendar pactos jurados, se le llevó a la iglesia matriz, donde el bautismo lo había incorporado en la Iglesia de Cristo y en la vida sobrenatural y allí, cerca de la pila bautismal, renovó las promesas del Bautismo y repitió las que había hecho por la mañana.

Toda su vida guardó el dulcísimo recuerdo de ese día encantador. Las gracias que entonces recibió y las emociones que experimentó influyeron notablemente en su vida y en sus métodos de educador. La manera como preparaba y disponía las primeras Comuniones de sus discípulos tenía mucho de estas reminiscencias de la suya.

VI

Una crisis

Pero sin embargo este niño tuvo su crisis y sus peligros. Como seis meses después "empezó a ponerse triste, y a veces estaba de mal humor, refiere una de sus hermanas. Entonces se quejaba de que tenía algo en el corazón y y que le atacaba el respiro. Mamá le daba remedios y lo hacía examinar de los médicos. Y

como sucede casi siempre, como no le encontraban nada, acababan por regañarlo, diciéndole que eran malcriadezas de él, con lo cual aumentaba su tristeza.

" Teníamos una criada que era como miembro de la familia, porque nos había cargado a todos y llevaba muchísimos años en la casa. A todos nos quería. Pero con José era una cosa particular; le proporcionaba todos los gustos, lo mimaba extraordinariamente y nadie podía hacerle al niño la menor observación sin que ella se disgustara y para desagraviarlo llevábalo a paseo y le regalaba frutas y dulces."

Como se ve, era ya poco menos que "l'enfant gáté"

"Viendo esto mis padres, que nos cuidaban tanto, empezaron a notar que su carácter se cambiaba rápidamente, y no en mejor. Comenzaron a pensar si el P. Riva tendría razón y decidieron poner a tiempo remedio."

Un día el entonces P. Granadillo, que era su Padrino, pronunció un gran sermón sobre la educación de los hijos. Como inspirado dijo de las crisis de la adolescencia, de los peligros que encuentran en la calle y en la misma casa, de la poca preparación en que los coge la edad. etc. Esto decidió a D. Juan y Doña María. Resolvieron dejarlo interno en el Colegio Don Bosco. "Desde entonces, agrega su hermanita no sin un cierto dejo melancólico, nos separamos y ya no nos reuníamos sino cuando papá lo traía a pasar algún domingo. Recuerdo que un día lo tra-

jeron porque una de nosotras estaba enferma, muy grave, y fué tal la impresión al verla, que se sintió mal y volvió al Colegio con fiebre, que le duró algunos días.

"Cobró mucho amor al Colegio y cuando le daban algún dinero para meriendas y dulces, se lo reunía a los Padres para los niños pobres del Oratorio festivo. Sólo papá y mamá sabían los sacrificios que hacía y eso no todos."

¡ Arrobadora ingenuidad la de estas líneas! ¡ cuánto nos dice en su laconismo! qué horizontes más dilatados y bellos no deja entrever! Intima unión de corazones y de espíritus; preocupación paterna, consciente, enérgica y paciente, respeto filial lleno de candor y de confianza; cuya inocencia se vela con sabiduría cristiana, cuyas buenas inclinaciones se estudian, se secundan y se guían; heroísmos escondidos que como delicada esencia se recatan para que no pierdan su aroma celestial. Esta es la familia cristiana, cuyo eterno y siempre fresco dechado está en la casita de Nazaret.

VII

En el internado

Primer asomo de vocación religiosa

Poco de particular hay del breve tiempo que pasó en el internado de Valencia. Era un excelente niño, muy buen estudiante, muy buen compañero, si bien le gustaba poco juntarse con los compañeros que no conocía.

Tomaba parte en los juegos y mostró destreza en varios de ellos. Al salir a recreo, lo primero era ir a la iglesia a pedirle la bendición a su mamá Auxiliadora y consagrarse de nuevo al Divino Huésped de su alma. No era raro que invitara a algunos de sus compañeros para esa visita, especialmente la que hacía después de almuerzo.

Los registros que en el archivo del Colegio se conservan, lo acreditan de buen estudiante.

San Juan Bosco dió a sus obras educativas una fisonomía particular, hecha de sencillez, de alegría y de movimiento, que hace de los alumnos elementos activos y como miembros de una familia. En su Reglamento manda a los profesores y "asistentes" (la palabra "vigilante" le causaba cierto horror) que procedan de ma-

nera que el niño no sólo sea sobrenaturalmente amado, sino qus se sienta amado; y en cuanto a la manera de dar clase, desea la acción, el movimiento, la vida, que los alumnos no estén demasiado quietos ni sean pasivos: de aquí el diálogo vivo, las composiciones frecuentes, los desafíos, los trabajos de invención, las iniciativas.

De aquí también los recreos animadísimos, los juegos variados, los paseos y excursiones, el canto, la música, la declamación, las funciones de teatro, las liestas solemnes de iglesia con despliegue imponente de la Liturgia en que los niños actúan, jerarquizándose con sencilla camaradería.

Así resulta el Colegio una gran familia en que el Director es el papá y los profesores los hermanos mayores.

Los niños que ponen siquiera un poquito de buena voluntad, se encuentran bien pronto en su elemento y casi sin sentirlo secundan la labor de sus educadores, que es una labor intensamente social, pero sin poses ni alharacas. Un sentido profundo de fraternidad se desarrolla instintivamente en ellos y la piedad va compenetrando la vida entera, como la cosa más natural del mundo.

¿Y qué será con esos seres de selección que, como José Fermín, sienten de suyo la piedad y la virtud?

Fiel a su propósito de imitar a Domingo Savio, comulgaba con la mayor frecuencia que

podía, amaba con ternura a "su mamá" la Virgen Santísima y fomentaba su culto, ya llevando a sus plantas una corona de compañeros, ya practicando con ellos en dulce porfía las florecillas espirituales, actos de mortificación y caridad; consolaba a los recién llegados, a los que estaban tristes, a los que se habían hecho merecedores de castigos o reprensiones; fomentaba o animaba los juegos; evitaba las conversaciones peligrosas; hacía que sus amiguitos tuvieran grande confianza con el Director del Colegio.

Y en medio de todo esto, una idea obsesionante lo dominaba: llegar a ser Sacerdote. Por eso cuando el Padre Deferrari, que había sucedido al Padre Riva en la Dirección del Colegio, puso una clasecita especial de Latín, Corso se afilió en ella. De hacerse Salesiano por entonces no pensaba.

La génesis de vocación tuvo lugar algo más tarde. Con la elegante sencillez con que hablaba y escribía, se la describe así a uno de los Directores que tuvo aquí en Caracas.

"Ante mi vista se presentan los primeros años de mi niñez en que comencé a sentir el llamamiento de Dios; pero lo sentí de un modo especial cuando llegué al Colegio Don Bosco, en uno de esos días en que ayudaba a misa. En aquellos momentos me parecía que el Corazón de Jesús, ante el cual se celebraba el Santo Sacrificio, me hacía señal con la mano, de que me levantara y fuera hacia El. . .

"Y en verdad no sé si por vergüenza o por temor, no me atreví por entonces a decirle a mi padre mi deseo de seguir a Jesús por el camino del Sacerdocio. Entonces hablé con Monseñor Granadillo, que por ser padrino, me inspiró confianza. El habló a mis padres sobre mis deseos y mi padre fué entonces a hablar con el Rev. Padre Enrique Deferrari, que dirigía el Colegio desde que trajeron al P. Riva para Caracas, para consultarle sobre mi ida al Seminario.

"Recuerdo este hecho como si fuera hoy.

"También recuerdo que el Padre Deferrari me invitó a rezarle al Espíritu Santo y a María Auxiliadora y que dos o tres días después me llamó y me dijo: 'Espera un poco todavía; aun eres muy joven. Entre tanto sigamos rogando a Dios que te manifieste claramente su voluntad'.

"Yo obedecí y guardé en mi corazón el grande ardor que sentía por comenzar lo más pronto la carrera del Sacerdocio. Hasta entonces yo no había sentido la vocación para religioso Salesiano. El Padre Deferrari poco a poco fué hablándome de este estado, y yo fuí comprendiendo y amando más y más a nuestro Padre Don Bosco, hasta que me decidí por completo a seguir por ese camino, pero sin dejar el vehemente deseo de ser sacerdote".

Importa tener esto presente, porque más tarde le pidió Nuestro Señor el sacrificio y mientras él no vió claro el querer de Dios, su-

frió indeciblemente y tuvo luchas terribles.

La decisión estaba tomada: sería Salesiano. Sacerdote o Coadjutor, era ya cosa secundaria, aunque él por entonces creía firmemente que iba a ser Sacerdote Salesiano.

Conocida la voluntad de Dios sobre el punto principal, se lo comunicó por escrito a su padre en una carta rebosante de ternura y decisión.

"El de su espontánea voluntad me pidió permiso para entrar, cuenta Don Juan, y yo se lo dí a Dios como una prenda". "Que vaya donde El lo quiera y haga lo que El desee", fué la respuesta escrita que le mandó en carta confiada al Director del Colegio Salesiano.

VIII

El estudiante de Latín

"Salimos de Valencia el día 21 de noviembre de 1914, a las 11 de la mañana. Llegamos a Caracas a las 6 de la tarde. Fuimos al Colegio San Francisco de Sales. El 22 salimos para la Guaira en el tren de las 8, 30 y pasamos ese día y el siguiente en Macuto. El 24 nos embarcamos en el "Siena", vapor italiano, para Puerto Colombia. Pusimos el viaje y el

porvenir en manos de María Auxiliadora, ya que Ella quiso que nos lanzáramos al mar el día 24.

"Hicimos escala en Curazao y fuimos a la Casa Salesiana. ¡Con cuánta cordialidad nos acogieron!

"Al llegar a Puerto Colombia sentí tristeza, porque me acordé mucho de Venezuela y pensé si duraría mucho mi ausencia. Pero el cariño con que nos recibieron y agasajaron los Salesianos de Barranquilla me reanimó por completo y sentí vegüenza de haberme entristecido.

"El 27 por la tarde nos embarcamos en el vapor del río Magdalena, que nos había de llevar a Girardot.

"El 4 de diciembre estábamos en Bogotá. Nos hicieron mil fiestas y después de 4 días nos llevaron a Mosquera".

Con estas palabras describe su viaje y su llegada a la casa de formación.

El R. P. Deferrari, que tanta parte había tenido en despertar de estas vocaciones, quiso en persona llevar a esos hijitos al dulce nido donde habían de echar las alas y cobrar fuerzas para desempeñar luego su misión en los campos salesianos.

La Señorita Teresa, su hermana, en la ya citada carta, sintetetiza estos años en estas frases:

"Sólo papá y mamá sabían que se iba para Colombia, a la casa de formación. Sólo vino el último día a pasarlo con nosotros, cuan-

Los PADRES del MAESTRO CORSO

do ya todo lo tenía arreglado. Tenía entonces 15 años.... Desde allá nos escribía con bastante frecuencia. Su espíritu de fe se revelaba en todas sus cartas. No podía ser ingrato el que desde la más tierna edad poseía el arte envidiable de hacerse todo a todos para ganarlos a todos.

"Escribía, aconsejaba, consolaba y a ninguno olvidaba: su amor para los suyos era más puro, pues era todo de Dios". - Y agrega:

"Seré sacerdote! " eran desde niño sus más grandes deseos. Dios no lo quiso! ¡Cuánto ha debido costarle esto cuando a todos nos costó. Hoy las lágrimas llenan nuestros ojos y a los pies de Jesús vamos a buscar el alivio a nuestra pena. Si nos dejó fué para volar al cielo. No puede olvidarnos quien supo amarnos tanto en la tierra".

A su vez el P. Francisco José Iturriza, su compatriota y compañero, nos da este resumen:

"Fué para todos nosotros lo que el Príncipe Czartoriski para los novicios y salesianos Polacos; un modelo, un hermano, un entrenador. Allá en Mosquera, por más que nos querían, nos cuidaban y mimaban, sufríamos la ausencia de nuestros padres y de nuestra tierra; el frío era a veces intenso y nosotros éramos de tierras calientes. Así es que ora uno, ora otro, como al fin éramos unos muchachos, unos estudiantes, experimentábamos serios ataques de nostalgia. Corsito también debía de

sentirla. Pero se dominaba. Y aparecía siempre alegre y risueño. Y con su ejemplo y con sus palabras nos animaba mucho. Tenía un dón como de adivinar, y cuando notaba que a alguno le iba a dar la tristeza, lo prevenía, ya distrayéndolo, ya animándolo, ya picándole el amor patrio y siempre hablándole de Dios, del amor del Sagrado Corazón, de la vida de apostolado y por consiguiente de sacrificio, que nos esperaba y que sería nuestra gloria. Y esto fué durante todo el tiempo de aspirantado y de noviciado y... algo más."— El P. Iturriza llegó a Mosquera algunos años después de él, pero vivieron juntos.

Ante sus compañeros aparecía sonriente; pero lo torturaban interiores tempestades que él llegó a denominar «martirio». En Mosquera hallaron que había estudiado poco o ningún Latín y casi ningunas Humanidades; que por consiguiente había de someterse a un curso riguroso de formación literaria antes de vestir la sotana, como por lo demás hacían todos sus compañeros y todos los aspirantes que allí se encontraban. El probablemente llevaba la ilusión de que le pondrían la sagrada librea desde el primer momento. El golpe recibido fué grandísimo. En una carta que años más tarde dirigió a Mons. Deferrari, le dice: "Fuí a Colombia llevando en mi mente y alimentando en mi corazón todos mis ideales y la persuasión de que pronto realizaría lo que mi alma anhelaba. Pero qué desilusión tan grande! aque-

llo fué para mí el martirio. Qué luchas se levantaron en mi pobre corazón! Yo creía desfallecer, porque vi que todo estaba perdido para mí. Aquellas palabras del Superior: «Se necesitan cuatro años de Latín para poder vestir sotana», fueron como una espada que traspasó de parte a parte mi pobre corazón. ¡Cuatro años, Dios mío!... qué largos!. Busqué por refugio a Jesús en el Sagrario y a María Auxiliadora. Escribí a Su Reverencia y como nunca me ha gustado contrariar a mis Superiores, incliné la cabeza".

En estos cuatro años estudió mucho y aprovechó mucho. Una de las veces que el Revmo. Padre Inspector – que lo era el célebre «Don Aime», – visitó canónicamente la casa, al ver las composiciones de José Fermín, quedó tan gratamente sorprendido de la hermosa redacción unida a una bella caligrafía, que escribió a los padres, felicitándolos y prometiéndose grandes cosas del joven aspirante.

Su carácter se vigorizó extraordinariamente en esos cuatro años al contacto de esa mezcla providencial entre un ideal elevadísimo nutrido a la continua con lecturas, clacisismo, hagiografía y las realidades, muchas veces duras, de la existencia cotidiana. Se le afinó también ese admirable y raro dón que se llama «sentido práctico», que nos hace tener, como diría el poeta:

«Alta la faz para mirar al cielo,
firmes los pies para pisar el suelo».

La vida, en efecto, y más la vida del educador y del apóstol, debe alimentarse de ideas y sentimientos elevados, tender a lo que debe o debiera ser, y al mismo tiempo hacerse cargo de lo que son en realidad las cosas, para no pretender imposibles ni vivir de quimeras que, hacen de ella un perpetuo soñar despierto y que al disiparse, acarrean dolorosísimos desengaños y hasta precipitan en la desesperación. También se perfeccionó en ese arte soberano de sobrenaturalizar la vida, de penetrarla de Dios. "Mis principales consejeros, dice en una carta, fueron siempre Jesús sacramentado y mi mamá María Auxiliadora".

IX

Por qué no fué Sacerdote

He aquí una pregunta que se hacía todo el que trataba a José Fermín, a poco que hablara con él. Inteligente y flexible, elocuente y persuasivo, pulcro en su gesto y su habla, dignamente insinuante, fervoroso y comunicativo, parecía llamado al ministerio sacerdotal. En sus estudios adelantó mucho.

Pero... hubo una materia o asignatura que le cortaba siempre el camino. Y era la asigna-

tura que más necesitaba: el Latín. ¡El Latín! a quien él quería con verdadero delirio; pero que nunca correspondió a su afecto.

Con acento dolorido escribió él al R. P. Deferrari: "Llegó el 4º año: presenté mis exámenes: fueron brillantes. Pero ¡qué desgracia el Latín, como siempre, me resultó mal. Y lo demás se ha venido a tierra!

"Procuré reparar la catástrofe. En las vacaciones estudié de firme. Me sentía fuerte. Me presenté al examen de reparación. Y la traducción me quedó muy mal! Se tronchan de un golpe mis esperanzas! Me encuentro ya sin esperanzas, como el pájaro que ve el horizonte despejado y provocantes los aires, y desea volar y gozar de los inmensos panoramas y de las bellezas todas de la naturaleza; pero que se encuentra encerrado en una mezquina jaula... '

Preciso es reconocer la acción de la Providencia, acción misericordiosa, aunque llena de misterios, que luego súbitamente se esclarecen. Hoy, cuando uno recuerda esa meritoria vida, ese apostolado fecundo, ese tiempo de trabajo ganado, comprende de un golpe los designios de Dios sobre esa alma privilegiada. Su vida debía ser corta, pero muy bien aprovechada. Haciéndose coadjutor, suprimió unos cuantos años de estudios rigidísimos que naturalmente hubiéranle impedido trabajar por los demás.

Por otro lado, dejó en nuestra Congregación, por lo menos en nuestras dos Inspectorías,

un hermoso ejemplo de coadjutor salesiano.

El Coadjutor salesiano es algo típicamente genial, «una creación del genio de Don Bosco», según se expresa el historiador Crispolti.

El P. Sebastián de Venz, primo de José Fermín y Director del Colegio Salesiano de Cuorgné, alta Italia, le escribía: "No te afanes ni te amargues; sigue la vía que te indican tus superiores... Oh! el coadjutor salesiano en la mente de Don Bosco! Es una creación divina, que ayuda al Sacerdote, que hace el mismo bien y aun mayor bien sin tener sus tremendas responsabilidades; que en el apostolado muchas veces llega a donde no puede llegar el sacerdote. Mira cuánto bien estás haciendo en medio de los niños... Comprendo lo que siente tu corazón; pero estoy persuadido de que el mejor camino para un alma apostólica es aquel en que puede hacer mayor bien. Y para ti te lo ha marcado la Providencia".

Y así era: la Divina Providencia le marcó ese camino, de un modo que no deja lugar a duda. Varias veces, allá en Colombia y aquí en Venezuela quisieron los Superiores consolarlo y contentarlo - porque de cuando en cuando le renacían los deseos y porque sus talentos parecían reclamarlo - pero otras tantas hubo que renunciar a ello. Al mes, y a veces antes, de reanudar los estudios del bendito Latín, le acometían tan fuertes dolores de cabeza y tal trastorno general, que había forzozamente que suspender.

Y, cosa extraña! apenas lo dejaba y aunque se engolfara en otros estudios y en otros trabajos, pasaban los dolores de cabeza y se recobraba el más perfecto metabolismo.

No hay duda, el hombre se agita y Dios lo conduce ¡Dichoso el que lo comprende y se deja conducir!

X

El Noviciado

Al terminar los cuatro años de Latín, los compañeros de José Fermín vistieron la sotana y empezaron el Noviciado.

A él se le concedió dedicar un nuevo año casi enteramente al Latín. Tanto era en los Superiores el deseo de secundar los deseos del ardoroso joven!

Pero el año sirvió para demostrar palpablemente que la voluntad de Dios era otra. Decididamente se le aconsejó renunciar el Sacerdocio y hacerse coadjutor.

Al principio sintió grande repugnancia. Manifestó a sus Superiores que " no sentía ningún deseo de hacerse coadjutor, que sus aspiraciones eran muy otras y que por lo mis-

mo no haría petición para el Noviciado."

Faltaban aún dos meses y se le aconsejó que orara mucho e implorara para sí y para sus Directores las luces del Espíritu Santo.

Al llegar estas noticias a Venezuela, Mons. Granadillo le hizo saber que tenía el Seminario a su disposición y que le ayudaría a coronar su carrera, si tal era su deseo y la voluntad del Señor.

Naturalmente, los Superiores lo dejaron en completa libertad, limitándose a aconsejarle redoblara sus plegarias y resolviera con calma.

"Yo todo lo consultaba con mi Confesor", dice en la carta citada al Director antes dicho. "Y sin dejar mi ideal, pedí empezar el Noviciado. Y a Monseñor Granadillo, contesté agradeciéndole mucho su interés, pero diciéndole que por entonces no aprovechaba su ofrecimiento; que comenzaría el Noviciado, que al fin y al cabo era una simple prueba o ensayo para estudiar la vocación. Yo amaba mucho a la Congregación, eso sí, y aun deseaba sacrificarme por ella. Pero el renunciar a mi ideal de ser Sacerdote Salesiano me costaba sobremanera y no perdía la esperanza."

El Noviciado, fué, pues, doblemente operoso para él. Poco a poco se fué serenando. Pensaba, y no sin razón, que, como dice S. Francisco de Sales, " la ciencia de Dios y el ponernos enteramente en manos de su infinita Majestad es lo único que puede satisfacer a

nuestro corazón".

Así, que se dedicó enteramente a hacer bien su Noviciado. Y ya se sabe en qué consiste el Noviciado de las Congregaciones Religiosas. Tiempo de prueba, de trabajo interior activísimo para conocerse y perfeccionarse en orden a la vocación y vida religosa, tiempo de ejercicio, de entrenamiento y ascesis, tiempo de fervor, en que a dulzuras inenarrables de cielo suelen entreverarse desolaciones aridísimas que sumen el alma en desiertos de arenas calcinadas.

Entre los ejercicios de entrenamiento le tocó el oficio de enfermero y él, que desde pequeño padecía una especie de tic nervioso, cuasi mania de aseo, ejerció ese cargo con la mayor alegría del mundo y sin remilgue alguno. Uno de sus connovicios, que llegó a experimentar su cuido, lo ponderaba diciendo: "más que enfermero era una madre."

Y efectivamente. En ese año a uno de los padres venidos de Alemania se le recrudeció la tuberculosis con que había ido a Colombia con esperanza de curación y José Fermín lo asistió día y noche con una consagración toda especial, hasta que murió, y muerto lo vistió y veló. Cuantos estuvieron entonces en Mosquera hablan del caso con admiración.

En medio de todos estos trabajos y ejercicios de perfeccionamiento, no olvidaba a la familia. Desde que llegó a Colombia les escribía lo menos cada quince días, lo que la Regla

le permitía. Y casi todas sus cartas son modelos de ternura filial, de fraterna solicitud, de.. novicio y religioso santo: van las «felicitaciones llenas de amor y perfumadas por la gratitud.»

Con razón las guardan sus padres y hermanos como reliquias o como dulcísimos recuerdos. Jamás dejó pasar un onomástico o cumpleaños o aniversario de algo memorable, sin una cartita a propósito. A veces en el día del santo del papá o la mamá, o en Navidad o Pascua, la prosa se va encendiendo y las cartas contienen poesías de ingenua elocuencia. Se interesa por los asuntos de ellos, les pide datos, les promete oraciones, les da consejos oportunísimos y de una rectitud admirable. A sus hermanas les recomienda la Comunión diaria y la devoción a María Auxiliadora y a S. José; a sus hermanos, la Santa Misa, la Comunión de los Primeros Viernes, la devoción del Sagrado Corazón, ciertas obras de caridad. A Teresa le habla de vocación religiosa.

Al acercarse el santo de Monseñor Arocha, de Mons. Granadillo, del P. Deferrari les escribe, mandando siempre las cartas por intermedio de D. Juan, como para hacerlo caer en la cuenta si acaso se descuidaba.

Noticias tristes o aflictivas, no les da: para qué añadir tristeza a la tristeza de la separación y de la ausencia? " Yo estoy contentísimo, siempre alegre, he engordado mucho, figúrese que en estos últimos dos meses he cre-

cido tres kilos. Nada me falta: ni calzado, ni vestido, ni sana y abundante alimentación. Y qué diré del alma? Cuán bueno es Dios y cuántos beneficios me concede! Ayúdenme a darle gracias."

Frecuentemente les pondera la alegría que siente cuando llegan cartas de ellos o de su querida Valencia. "Cuando uno recibe cartas u otras cositas de su casa, se llena de alegría. Y las vuestras vienen tan embalsamadas de cariño. . !

" En días pasados supe mucho de Venezuela y me dió mucha alegría. . . Cuánto me alegra y edifica la elección del Sr. Arzobispo y que quiere mucho a los Salesianos."

La noticia de la entrada de los Padres de la Compañía lo llenó de júbilo y desea saber dónde se instalaron. Pide mapas de Venezuela.

Les cuenta las fiestas que se hacen y a veces les envía los programas y las composiciones que ha hecho y leído o declamado. Con singular complacencia describe ciertos usos del Noviciado llenos de poesía, como por ejemplo, el escribir a S. José o a la Virgen y quemar entre nubes de incienso las cartas, peticiones, el día de la fiesta.

Describe, a veces minuciosamente, los paseos: su alma poética se extasía en los cuadros sublimes o bellos de la naturaleza, como el Tequendama y ciertos cultivos de la sabana, se eleva al Criador y prorrumpe en cantos. – Es un aspecto casi desconocido de su alma, porque la misma sencillez de su vida ocultaba e-

sas emociones. Se descubren, como un perfume o como un valho, al leer esas cartas, escritas con tanta naturalidad.

XI

Los primeros votos

En la vocación, como en todo, hay dos cosas importantes; una esencial: el ser religioso; para él, el ser Salesiano; la otra secundaria o mejor, circunstancial:el ser Sacerdote o Coadjutor. Esta es más o menos indiferente; lo importante es asegurar la primera.

En una de las cartas a sus «padres y hermanos», dice: "Siento mucho placer en encontrarme en la casa del Señor y ojalá que siempre pueda hallarme en ella y no tener que darle más nunca ni siquiera una mirada al mundo, porque es un engañador. Sí, pedid siempre por este vuestro hijo para que pueda estar siempre con Dios y nunca, nunca se aparte de El.

"Qué dicha mayor para padres de familia que tener a sus hijos en la casa de Dios! Y sin embargo hay muchos que prefieren sacrificárselos al mundo y que en él se pierdan, antes que entregárselos a Dios. . . .

"Sí, queridísimos, inolvidables papaítos, alegraos conmigo, porque verdaderamente soy feliz y también ayudadme a dar gracias a Dios y a María Auxiliadora por tantos beneficios que me han concedido, principalmente por haberme permitido el estar en ésta su casa, casa santa y de santificación".

Y en otra: "Sean muy devotos de María Auxiliadora, pues ella me quiere mucho y nunca me abandona. A Jesús Eucarístico quiéranlo aun más, porque es el Señor, el Dios de todo consuelo, el que renueva sin cesar la alegría del corazón... Amenlos e invóquenlos para que colmen de bienes nuestra casa y para que bendigan nuestros negocios de papá y de mis hermanos. Yo ruego mucho por esa intención".

Y entre las cosas hermosas que había aprendido, o mejor dicho, perfeccionado, bajo la dirección de esa alma grande que se llamó Padre Mauricio Arato, está el valor del sacrificio cristiano. «La gracia de Dios nos transforma, - inculcábales aquel asceta - por medio del dolor y del sacrificio, y trueca nuestra debilidad en fortaleza y nuestras imperfecciones en virtudes. Sed como la ovejita, y para no temer el sacrificio, poned vuestra mirada en Cristo y en María, que es la madre de dolores y fijad vuestra mansión en las regiones donde ponen las águilas su nido, y así os ahorraráis miles de tentaciones y las borrascas de la vida no os alcanzarán; como

cuando subimos al Tablazo y vemos las nubes remolinar allá abajo; así, si nos refugiamos en el Corazón de Jesús vemos las tempestades rodar bajo los pies; las oiremos rugir pero las podemos contemplar seguros».

Allá había puesto su mira nuestro hermano. Mas eso no quitó el que tuviera una nueva y peligrosa crisis, precisamente en el momento en que debía romper las ligaduras que pudieran atarlo al mundo, por él declarado engañador. "Pasó el año, dice, y no me animaba a pedir ser admitido a la profesión; sentía repugnancia a hacer lo que no me había atraido: ser coadjutor. Amaba sí, y cuán intensamente!, a la Congregación ! ansiaba sacrificarme por ella; pero ¡ser coadjutor! pero renunciar a mi ideal de siempre.. ! Oh eso era muy duro! Llegaron los Ejercicios y me tocó el turno de hablar con el Revmo. P. Inspector, Don Antonio Aime. Le dije que no me animaba a ser coadjutor, que sentía mucha repungnancia. El me animó y me mandó a rezar a los pies de Jesús Sacramentado. Yo lloré, derramé mi amargura ante Jesús y aunque no satisfecho del todo, comencé a sentir serenidad, deseo de obedecer, gran temor de disgustar a N. Señor; y me resolví, e hice los santos votos por tres años.. sin perder la esperanza de que más adelante podría seguir mi ideal y ser sacerdote. No me sentía satisfecho del todo pero sí me sentía sereno. Por lo menos era salesiano. Y creía estar cumpliendo en eso la voluntad de Dios".

XII

Las primeras armas

"Los Superiores me destinaron a la Casa de Bogotá: quieren que aprenda y enseñe el arte de la Encuadernación. Nunca pensé yo en esto; pero si es voluntad de Dios, seré Encuadernador. Al Sagrario he corrido a ofrecerle a Jesús esta mi nueva vida. He llorado, sin poderlo remediar y he pedido a Jesús que me haga un apóstol en este ministerio de enseñanza profesional con que no había podido ni soñar".

¡Cuántas cosas no dicen estas ingenuas palabras del querido Hermano! Pero de entre todas se destaca, cual puro y rútilo diamante, la idea de que, aun siendo *Coadjutor Salesiano*, podía aspirar, más aún, debía aspirar al apostolado. Y es que, a más de otras muchas consideraciones, el Coadjutor Salesiano, en el "genial concepto del gran corazón de Don Bosco", tiene abiertos para su actividad y su celo, horizontes inmensos, antes desconocidos. Don Bosco dió a su Congregación una forma completamente moderna, en consonancia con el espíritu y las necesidades del tiempo. Guardó lo esencial, lo eterno, lo que tienen de invaria-

ble las Instituciones religiosas, lo que las hace tales: los votos, los consejos evangélicos, la adhesión a la Santa Sede, el ardor evangelizador; pero en cuanto a formas, fué un innovador y en cierto modo un revolucionario.

Así, por ejemplo, "en las Antiguas Ordenes Religiosas los *legos* formaban *como una segunda orden* dependiente de la primera y participante de los bienes espirituales sólo en un grado menor. Don Bosco audazmente suprimió esa dualidad, y por eso todos los miembros de su «Pía Sociedad» *gozan de los mismos derechos y privilegios.* El carácter sagrado del Sacerdocio impone, es verdad, mayores deberes – que le hacen acreedor a alguna mayor veneración – pero los derechos son iguales para Sacerdotes, simples Clérigos y Coadjutores: éstos *no son segunda Orden* sino verdaderos religiosos Salesianos *que deben realizar en medio de la juventud* idéntico apostolado que los Sacerdotes, excepción hecha, – claro está – de los ministerios que requieren la Sagrada Orden.

Por lo tanto, muchos Coadjutores deben prepararse a catequizar, a dar conferencias religioso-sociales, a enseñar en las escuelas primarias y secundarias, a ser maestros de taller, a asistir a los jóvenes, a desarrollar todo el variado programa del apostolado cristiano y social, que no requiera precisamente el carácter Sacerdotal. Presenta, pues, la misión del Coadjutor Salesiano toda una grande importan-

cia social, una atrayente belleza y variedad..." – Así Don Albera, segundo Sucesor de San Juan Bosco.

La característica o distintivo peculiar de la Sociedad Salesiana, lo que la ha hecho más simpática en el mundo, porque responde al carácter y a la necesidad del mismo mundo en el actual período de la Historia, son *las Escuelas Profesionales y Agrícolas* para la *educación del Obrero industrial y agricultor.* Y son cabalmente los Coadjutores los soberanos artífices de este prodigio. Tal vez por eso en la Pía Sociedad Salesiana no se les llama *legos*, sino *coadjutores* o coadyuvadores, que condividen cou sus Hermanos Sacerdotes, trabajos y premios, fatigas y triunfos. Sí, los Sociólogos tienen razón: "el Coadjutor Salesiano es una creación genial del corazón de Don Bosco". Sí, del corazón más que de la inteligencia: el corazón con sus intuiciones le traza a la inteligencia sus derroteros.

José Fermín fué, pues, a Bogotá. Allí tienen los nuestros una de las Escuelas Profesionales más bellas y perfectas del mundo salesiano. Y especialmente el Ramo o Arte del Libro goza merecida fama. En sus talleres-escuelas se han formado la mayor parte de los tipógrafos y encuadernadores que figuran hoy en la república hermana por su buen gusto, corrección y habilidad.

Inteligente, lleno de gusto artístico y de buena voluntad, en poco tiempo aprendió el arte y lo dominó haciéndose un verdadero Maestro.

Dueño de una cultura literaria no común, dominador de su arte, dotado de palabra fácil e insinuante, pronto se impuso al cariño y admiración de sus discípulos. Y no sólo les enseñaba el oficio, siguiendo inteligentemente los programas, tan sabiamente graduados por nuestros grandes Maestros, sino que, para facilitárselos, compuso un texto que hizo gran fortuna entre los profesionales.

Los agradecidos muchachos le cobraron gran cariño; por complacerlo hacían verdaderos sacrificios. Y como, según el célebre verso del poeta latino: «regís ad exemplum totus componitur orbis; al ejemplo del rey se acomodan los demás»; su escuela era un modelo de orden, de disciplina y de piedad.

Un compañero semejante a él había en el taller–escuela de Tipografía y por añadidura los *asistentes*, que con ellos *colaboraban*, eran compañeros de Noviciado y alguno venezolano también. De modo que aquel vasto emporio de trabajo y elevación cultural era un encanto. ¡Cuánta alegría, cuánto empeño en enseñar y aprender; cuánto ardor en las prácticas religiosas; qué animación en esos patios, en los campos de deporte; qué de triunfos en las exposiciones escolares y en los

campeonatos de Educación física; qué bellos y variados los festivales, las veladas, los torneos!. Con placer especial torna el recuerdo a aquellos días, de los que la corriente del tiempo nos va alejando. Y esto mismo, estos recuerdos. estas añoranzas, frutos son de un apostolado noblemente cumplido. – La casa de Bogotá ha sido siempre y es ahora y lo esperamos lo será siempre, un dechado de casas Salesianas.

XIII

El primer vuelo

Seis años pasó en Bogotá. En este período tuvo el inefable goce de ligarse para siempre a Dios en la Pía Sociedad Salesiana, con los votos perpetuos, que hizo el 25 de Enero de 1924 en manos del Rvmo. Padre Jacinto Bassígnana, porque el inolvidable y Santo Padre Aime habia volado al cielo el 7 de Julio de 1921.

Vale la pena recordar los propósitos que entonces tomó y que hallamos en un cuadernito de memorias: "Quiero hacerme santo:

"Obedecer, sin chistar, en todo lo que me manden mis superiores;

no apegar mi corazón a nada;
gran amor a la pureza;
evitar cuidadosamente, con el con el auxilio de Jesús y María, los pecados veniales deliberados; oir con atención y practicar lo que el confesor me diga todos los días de confesión;
sinceridad en todo;
docilidad en todo;
rogar por los niños y trabajar por ellos mirando a Dios.

Dios y mi madre María Auxiliadora me ayudan a guardar estos propósitos".

Ni que decir que a estos propósitos se mantuvo siempre fiel, hasta la muerte.

En Medellín la Obra Salesiana necesitaba un buen Coadjutor que poner al frente de una sección de artes. La industrial activísima metrópoli antioqueña era un campo precioso para un alma como la de Corso, y allá lo mandaron los Superiores. Guardó siempre memoria de ese viaje.

"Salí de Bogotá el 11 de junio (1926) en el primer tren de la mañana. Llegué a Girardot a las 3 p. m. y ese mismo día me embarqué en el vapor «Eugenia»... En la Dorada tomamos el vapor «Ayacucho» que nos llevó a Puerto Berrío. Este sitio es muy hermoso a pesar de lo caliente. Ahí nuestro arquitecto el hermano Buscaglione está fabricando una linda iglesia, que será una joyita de arte. Allí pasé el día y

la noche y al día siguiente, de mañana, salí para Medellín, adonde llegué a las 5 de la tarde. Me esperaba el Padre Alvarez Camacho".

Medellín fué para él el preludio de Caracas. Se le encargó una numerosa sección de niños y el Oratorio festivo.

Y qué admirables dotes de organizador no supo desplegar! y qué celo inteligente y abnegado!

En breve su clase fué modelo de orden y disciplina. Los niños a pesar de que había muchachos indolentes, pues se sabe que

«il clima dolce, soave e dilettoso
simili a sé gli abitator produce,»

lograron un nivel de trabajo y aprovechamiento bastante elevado. Floreció la emulación, creció el interés pedagógico, y sobre todo lozaneó la piedad.

El maestro se multiplicaba. Inventaba recursos, juegos, industrias para no dejar caer el entusiasmo, para aficionarlos al Instituto, para alejarlos de la calle, para hacerlos amar a Don Bosco, a María Auxiliadora, para llevarlos al Sagrario. Los domingos era un encanto ver esas comuniones numerosas y fervientes.

Los Catecismos prosperaron también. Y como la iglesia es pública y la gente por lo general piadosa, el celo del «Maestro Corso» como ya dieron en llamarlo, encontraba campo anchuroso y también muchas fatigas y al-

gunos disgustos, pero al mismo tiempo grandes consuelos y general estima. Así es la vida ... en dondequiera.

El enemigo no podía ver sin rabia aquel apostolado. Y así le suscitó, donde menos podía esperarse, serias molestias, contradiciones y aùn maltratamientos, que ejercitaron la paciencia del buen Hermano, le hicieron sufrir no poco y aquilataron su vocación.

Por fortuna, a su lado tenía, como ángel tutelar, un querido y buenísimo Sacerdote compatriota, que lo supo sostener, consolar, defender y ayudar. Si esta especie de persecución le procuró amargos sinsabores y desilusiones, también le proporcionó experiencia de la vida y contribuyó a emancipar su espíritu de todo lo terreno; a colocar, de hecho, su nido allá donde las águilas moran y espaciar su alma por los cielos serenos de la Gracia y de la Caridad, donde apenas si alcanzan a dañar las ruindades de la tierra o las tempestades de las humanas pasiones, cómo tantas veces le dijera su maestro de novicios.

De estas luchas y miserias nunca habló. Y si las hemos sabido ha sido por otros conductos. El personal de la Casa, que las conocía, admiraba al Hermano, lo veneraba y con la más amable fraternidad procuraba desquitarlo.

Por lo demás, de Medellín conservó gratísimos recuerdos. De allí escribió a sus padres

muchas cartas, rebosantes de optimismo y buen humor. Pondera su dulce clima, su actividad febril, su inteligencia despierta, la belleza de los alrededores, su majestuosa nueva Catedral que "tiene de largo 120 metros, 60 de ancho de capilla a capilla, el aitar mayor con su cúpula y columnas 20 metros de altura y los altares laterales 16 metros", y lo que de ella más le gustaba era el de ser obra de un Salesiano, el ya citado Hermano Buscaglione. Narra en esas cartas los numerosos paseos que daba ya con sus niños, ya con los Hermanos; habla de sus esperanzas, ofrece y pide oraciones. - Era "el Maestro Corso", que pronto veríamos en Caracas.

XIV

De Vacaciones

Cosa de que guardó siempre gratísima memoria fueron las vacaciones pasadas en esas casas salesianas, como que se compaginaban admirablemente con tradiciones salesianas y con su particular espíritu de apostolado.

El Padre Rabagliati, fundador de la Obra Salesiana en Colombia, añorando tal vez las célebres «passeggiate di Don Bosco,» ha-

bía introducido casi desde el principio una manera singular de pasar las vacaciones, mezclando el descanso con el trabajo apostólico. Como en el colegio se quedaban algunos niños y como el personal realmente necesita el descanso, y como para él era descanso el variar de posición – o de ocupación – proporcionaba a sus hermanos siquiera un par de semanas lejos del teatro habitual de trabajo. Al efecto, se ponía de acuerdo con algún hacendado o con algún Sr. Cura Párroco de algún pueblecito, de esos tan primorosos y tan fértiles que tienen las cordilleras andinas. Y allá iban por turno los salesianos y algunos niños.

Y era un encanto, tanto para nuestros hermanos y niños como para los habitantes de las regiones adonde iban, esa peregrinación salesiana.

Desde luego que se escogían sitios templados o cálidos (Bogotá y Mosquera son climas fríos), abundantes en aguas, ricos en frutas, no escasos en árboles. Y la excursión se preparaba diligentemente. Y la partida era de lo más aparatosa y divertida, y divertidísimo el viaje. Al llegar a destino, se les hacía por los habitantes del pueblo o hacienda, una recepción conveniente. Y apenas instalados, iban a la iglesia, si era pueblo, o a la capilla – fija o improvisada – si era hacienda, y se hacía una linda función cita en que María Auxiliadora tomaba posesión del lugar. Como había tradición de música, los cantos llamaban desde el

primer instante la atención y ponían en los niños del vecindario y en las Hijas de María –si habíalas– deseos de aprenderlos y cantarlos. La misión estaba empezada.

Hacían sus prácticas de piedad en la iglesia, edificando a los fieles que, ya por devoción, ya por curiosidad iban a ella buen número. Y por la tarde, hacían lo mismo. Pero más generalmente se buscaba el tiempo oportuno y se hacía una misión, acomodada a los trabajos de la gente y a . . . las vacaciones de de ellos. Así, por la mañana, después de Misa un Padre hacía una plática muy bien preparadita y muy adaptada a las necesidades y al ambiente local. Bastante gente acudía siempre a ella. Después de desayuno hacían media hora o tres cuartos de Catecismo a los niños. Al caer la tarde dábase otro poquito de Catecismo y por la noche, a eso de las 8, se rezaba el Rosario, se cantaba solemnemente el Miserere y un Padre predicaba sobre los Novísimos o sobre algún punto moral. La función terminaba con la Bendición Eucarística. – Esto duraba diez días y los efectos solían ser maravillosos. La novena, el atrctivo de la música, la religiosidad, innata aunque a veces algo adormecida de nuestros pueblo, y sobre toda la gracia divina, hacían fecundas esta especie de misiones. El Maestro Corso gozoba mucho en esto y desplegaba grande actividad. Enseñaba Catecismo y canto, servía en el altar y como tenía tan exquisito trato y tan exquisito gusto,

invitaba al uno y al otro, adornaba la iglesia, preparaba las comuniones. . .

El resto del día lo empleaban en descansar y pasear, reparar fuerzas y acumular energías.

A media mañana solían tomar el baño, generalmente en el río, en esos pozos y remansos bellísimos y repuestos entre peñascos, y sombreados por árboles corpulentos que en sus cristales se miran, únicas piscinas decorosas y sanas, puesto que el agua corre y se renueva sin cesar y se golpea contra las piedras y recibe las caricias del sol; o bien en las cascaditas que los mismos ríos forman en su rodar por sobre las piedras de esas montañas hermosas. De sobrebaño se visitaban, a caballo, los hatos y potreros, las labranzas y trapiches. Se llegaba al suculento almuerzo con apetito voraz; y la alegría comunicativa y fresca ponía a las comidas un condimento precioso.

Al remitir el calor, podía darse otro paseo y aun otro baño, que abría de nuevo el apetito y restauraba energías gastadas en la brega del año.

El efecto de esta vida era realmente reparador. Entrábase en contacto con la naturaleza y la naturaleza nos restablece y nos eleva a Dios.

«Despiértenme las aves
con su cantar sabroso, no aprendido. . .»

cantaba el viejo poeta agustino, a las orillas

del Tormes.

Y allí, en aquellas haciendas de las verentes andinas, en aquellos pueblecillos semiocultos entre los árboles más variados, bordeados de cafetales y cañamelares, esmaltados de flores diversísimas y de sembrados de toda clase; refrescados y acariciados por el rumoroso fluir de los torrentes, lo despiertan realmente a uno los turpiales y arrendajos, los mirlos y paraulatas, o distraen las bandadas de pericos. . . y por la noche lo adormecen con sus nanas monorrítmicas y suaves, las guacharacas y aun los monos de la selva virgen. La equitación, la caza, la pesca, la búsqueda de minerales, de insectos y de plantas lo ocupan recreándolo y fortificándolo en todo sentido.

De la excursión se volvía al Colegio con optimismo y ganas de trabajar y de. . . seguir luchando. Luchando, sí, porque la vida en dondequiera es lucha. Y en los Colegios no se lucha menos que en los campos: lucha con la ignorancia, con el egoísmo y las demás pasiones, con la incomprensión, con el medio ambiente mundanal que, a pesar de todos los pesares, trata de irrumpir y de arrollar, lucha consigo mismo, sobre todo, en esa incesante ascesis para lograr el fin del Cristianismo y de los ideales religiosos. Los museos y aulas ganaban también con esas excursiones, porque rara era la ocasión en que no se tornaba con

alguna colección de piedras, de semillas o de maderas nuevas o de insectos, especialmente de coleópteros y mariposas, que las hay bellísimas.

Y de otra cosa mejor regresaban enriquecidos: de simpatía, de bendiciones. Se había tratado gente, se habían los religiosos puesto en contacto con la gente del pueblo tan frecuentemente imbuida en perjuicios: y el contacto había disipado tales perjuicios y enlazado los corazones. Se habían repartido hojitas de propaganda, folletos, libros, vidas de Don Bosco y de Domingo Savio, de Margarita de Bosco y de Miguel Magone, se habían dejado algunos "Boletines Salesianos", algunos "Mensajeros del Sagrado Corazón"; había quedado establecida, o por lo menos flotando en el ambiente, la devoción de María Auxiliadora.- Y luego, no era infrecuente el que al Colegio vinieran algunos niños, a la obra algunos aspirantes.

A quien conoció el alma apostólica del Maestro Corso, fácilmente se le ocurre lo que él haría y gozaría en estas excursiones y en ese modo de emplear los asuetos.

En su librito de memorias quedan algunos nombres que más se le prendieron del corazón:

"1918.Fuí en el mes de diciembre a la hacienda llamada «Turín». Se encuentra cerca de Agua de Dios. Allá van a descansar de cuando nuestros Hermanos que consagran su

vida al cuidado de los leprosos. Pero esta vez nos la dejaron a nosotros solos.– Los Padres han puesto en los colonos mucha devoción al Sagrado Corazón de Jesús y a María Auxiliadora. Catequizamos algunos niños de haciendas vecinas. De Turín fuimos a "Nilo", otra hacienda donde abunda el ganado. Y a la vuelta visitamos a los Salesianos que se encontraban en Tocaima. No entramos al Lazareto.

"1919. Fuí en el mes de enero a «Guayabal», con el Padre Bertola y D. Pachito Rodríguez. Estuvimos varios días en la Casa Cural. Hicimos las fiestas de los Santos Reyes Magos. El Padre confesó mucha gente y hubo numerosas comuniones. Nosotros le ayudamos con los niños.

"1920 Fuí con el Padre Aguilera y Seijas (hoy el R. P. Seijas) a "San Joaquín", de ahí a la hacienda de «Sutaima». Luego a «La Mesa», a la hacienda del «Palmar», donde pasamos unos días. . . . El Padre Aguilera es una abejita que en todas partes le recoge miel a Nuestro Señor. Hablan de un señor que se convirtió."

En 1921 pasó las vacaciones en «Anapoima», que es una simpática población de clima algo más que templado, sanísima en todo sentido, rica en aguas minerales.

En 1922 en «Villeta». Para un venezolano como el Maestro Corso, tiene Villeta un interés particular. Allá pasó sus últimos días

y escribió su postrera Pastoral y desde allí voló al cielo el Illmo. Sr. Dr. Ramón Ignacio Méndez, Arzobispo de Caracas, asistido por su venerable Hermano el Illmo. Sr. Manuel José Mosquera, Arzobispo de Bogotá: ambos próceres de la Independencia.

En 1923 pasó 20 días en la hacienda «El Yagual», jurisdicción de «Vergafra», villa importante por sus cafetales y por su producción de melazas, panelas (papelón,) azúcar y granos.

Estas vacaciones fueron muy importantes para él, porque le sirvieron de preparación a los Ejercicios Espirituales en que debía hacer sus votos perpetuos y ligarse para siempre con su Dios en la Congregación Salesiana.

De las vacaciones del 24 conservó un recuerdo especial, porque aquello fué una excursión en grande por el Departamento de «Boyacá»: tren, automóvil. carreta, caballo fueron utilizados en ella.

"El 23 de Diciembre fuí con el Padre Gama a «Chinavita». De Bogotá fuimos en tren a «Nemocón»; de ahí en auto a «Chocontá». El 24 seguimos para «Villapinzón», a caballo, de ahí a «Urbita». En este pueblo celebramos la fiesta de *Navidad.* El Padre Gama confesó mucho y cantó la misa de aurora a las 4,30. - Qué sabrosos y ricos buñuelos! qué amable y sencilla es la gente!"

De ahí, siempre a caballo – en esos caballitos ágiles y suaves, que parecen gozarse en

colmar de gentilezas a sus jinetes, se extendieron a Chinavita, a Garagoa, a Tensa, recorriendo uno de los valles más bellos, fértiles y ricos de la República, siendo en todas partes agasajados y constatando «de visu y de facto» la simpatía de que disfruta la Obra Salesiana.

También de Medellín hizo excursiones bellísimas e interesantes. Tres le impresionaron singularmente: la de «La Tablazo» la de «Envigado», y la de la «Carreta al mar!» En ésta subieron buenos alpinistas, «al cerro más alto, pasando mil peripecias» y gozando de «uno de los panoramas más bellos que he podido contemplar.»

Y a todas partes iba provisto de medallas, de estampitas, de hojas de propaganda, en todas partes dejaba un recuerdo por su afabilidad, su espíritu servicial, su piedad sencilla y profunda, que sin afectaciones ni carantoñas, atraía y encantaba los corazones.

XV

La Vuelta a la Patria

Los Superiores habían constituído la Inspectoría Venezolana, separándola de la Colombiana. Había que dotarla de personal y era muy conveniente y muy natural que los Sale-

sianos venezolanos que se hallaban en la República hermana, regresaran a trabajar en la Patria y por la Patria. A su debido tiempo regresaron los Padres Martín González, Juan Pablo González, Francisco Seijas, Francisco José Iturriza, Isaías Ojeda, Cosme Alterio... Quedaban allá el R. P. Francisco de Paula Alvarez Camacho y el Maestro Corso. Para ellos llegó el turno en 1927.

"El día 13 de Diciembre de 1927 – escribe el maestro en su Diario – salí de Medellín. El 14 me embarqué en el vapor – correo «Abadía Méndez» y llegué a Barranquilla el día 16".

Allí permaneció algunos días esperando barco que lo trajese a la Guaira. Para los Hermanos de aquella casa fueron días de edificación y de pesar. Los edificaba la conducta de ese queridísimo Salesiano y los apesadumbraba el tener que perderlo para la Inspectoría que ellos tanto amaban. Por otra parte los consolaba el saber que iba a llevar el perfume de su vida y la actividad de sus virtudes a otras tierras Salesianas, a otra región de la misma Patria – pues en Colombia tanto se quiere a Bolívar, que a Venezuela y el Ecuador los miran como miembros de familia y se sigue acariciando el sueño generoso del Libertador y Padre.

A la Guaira llegó el 25 y pudo todavía oír la Santa Misa y comulgar en el puerto. "El 25 fuí para Valencia y pasé ahí 15 días con mi fa-

DIA DE SU PRIMERA COMUNION

milia; iba a dormir al Colegio Don Bosco.

"Fuí luego a Villa de Cura donde estaba el resto de mi familia y con mis primos estuve un par de días en San Juan de los Morros." El 16 de Enero volví a Caracas."

A la familia le parecieron muy cortos aquellos días.

"Mucho nos dolía – confesábanos Don Juan – el no verlo con sotana y encaminado, como sus compañeros, por la vía del Sacerdocio. Pero nos edificaba y alegraba su fervor, su alegría y entusiasmo por el bien, su amor a su Congregación, su devoción a D. Bosco, a María Auxiliadora y a S. José, la facilidad con que hablaba de las cosas de Dios; y a la verdad, no perdíamos la esperanza de verlo todavía ordenado sacerdote, tanto más que el P. Gasparoli nos animaba a eso, hablándonos de los «Hijos de María».

"Entre las obras de Don Bosco – nos decía el Buen Padre – sobresale esa obra, que es precisamente para cultivar y fomentar las vocaciones de adultos al Sacerdocio. Hijos de María fueron Don Unia, Apóstol de los Leprosos de Colombia; D. Bálzola apóstol de los Borosos, Monseñor Malán, Arzobispo Misionero en el Brasil, y lo es el Rvmo. Padre Rinaldi, Superior General de la Congregación. Conque no hay que perder las esperanzas". "Y nosotros sólo las perdimos hace un par de años, que nos convencimos plenamente de que la voluntad de Dios era otra y de que sus desig-

nios sobre nuestro hijo eran diversos aunque conducentes al mismo fin, que era el apostolado de la educación según los métodos y el espíritu de la Pía Sociedad Salesiana".

Tampoco él había perdido las esperanzas y en secreto cultivaba la idea, que de cuando en cuando tomaba cuerpo y trataba de convertirse en obsesión y hasta en verdadera tentación peligrosa, porque le hacía perder sueño y apetito. Pero bastaba la palabra serena y firme del Superior para calmarlo. Entonces corría a la capilla y con infantil corazón le decía a «su mamá María Auxiliadora» : "mamaíta querida enséñame a hacer la voluntad de tu Divino Hijo Jesús. Yo no quiero sino lo que él quiere. Oh San José, que no tuviste otro pensamiento sino hacer lo que Dios quería de ti en cada hora y en cada momento; enséñame a obedecer callado y resignado y a no querer sino lo que Dios quiere". Iba luego al pie del Sagrario y allí permanecía mudo, escuchando lo que el Divino Prisionero de Amor le dijera. – El hecho es que se levantaba sereno, tranquilo y seguía laborando en su clase como si no hubiera otro pensamiento que el enseñar a los niños. Poco a poco fué dominando la idea y en los últimos años apenas si la miraba como un recuerdo de su vida. Al pie del Sagrario y al pie de la cuna del Niño Dios había aprendido que se puede ser apóstol y ejercer el sacerdocio del sacrificio y de la predicación, inmolándose uno a sí mismo en el ara de la obediencia y en el cum-

plimiento exacto del propio deber.

De resto estaba muy bien preparado para el apostolado que el Señor le tenía destinado.

Como diría el gran Manjón: «sabía bastante, pero no demasiado», dominaba aquello que el discípulo de 4° y 6° grado podía y debía aprender. Estaba dotado de un gran sentido práctico o sentido común –¡en realidad tan escaso!– que lo llevaba a no pretender imposibles, pero sí a exigir lo necesario, y exigirlo con imperio tan dulce y eficaz, que lo obtenía sinmayores esfuerzos. Tenía la habilidad de preguntar y repetir y variar y presentar de diversas maneras los asuntos; de hacer discurrir y trabajar a los niños, de manera que en la clase no fueran seres pasivos o depósitos a llenar, sino seres activos que deben, sí, ser dirigidos, pero que son ellos mismos el agente príncipal de la educación y que deben experimentar el placer del descubrimiento y de la acción: ayudaba, no suplantaba. Poseía en alto grado el instinto del orden, del aseo, de la disciplina y sabía obtenerlos con facilidad. Y como era tan piadoso, las aplicaciones espirituales le eran naturalísimas y las exhortaciones al amor de Dios y del prójimo, a las virtudes morales, individuales y sociales le fluían con la mayor espontaneidad y por lo mismo con la mayor eficacia. De la misma manera y tal vez sin darse cuenta, hacía del Catecismo su asignatura o materia de concentración, al

cual como al centro los radios, venían a referirse las demás. Grande era también su paciencia, que al fin es una forma de caridad. Sus dotes naturales habían sido perfeccionadas durante los años que pasó en Mosquera, con el estudio y el ejercicio bajo la dirección de aquellos grandes Salesianos que fueron los Padres Mauricio Arato y Ricardo Aguilera.

En su diario dejó escrito. "El 16 de enero (1928) volví a Caracas. . . Pasé el año escolar en la Escuela Don Bosco. Gracias a Dios, preparé en esos seis meses 60 Primeras Comuniones. – Se terminó el año escolar el 19 de julio."

XVI

La Escuela Don Bosco

Casi desde la fundación del Colegio, al lado de él, fundó el Rdo. Padre Riva la Escuela Don Bosco, para los niños pobres del barrio: «la Escuelita» como empezaron a denominarla los nuestros, con diminutivo de cariño. En esto seguíase una tradición de familia y un como instinto del espíritu Salesiano.

Allá en Utrera, a corta distancia de Sevilla, en el corazón de esa Andalucía venturosa, que sonríe con todas las alegrías de lo perennemente joven, fundó el Cardenal Cagliero,

por mandato de Don Bosco la primera casa Salesiana en España. Fué un Colegio, un gran Colegio, que en breve tiempo conquistó la admiración, el aprecio y el afecto de toda la provincia y de buena parte de España. Y a su lado se fundó una Escuela popular, una «Escuelita», que acogió centenares de niños del pueblo. Era el instituto de las «armonías sociales» que por encargo de la divina Providencia, traía Don Bosco a la sociedad contemporánea, como para preparar a la democracia. Al lado del niño acaudalado, el pobre, para que crezcan y se eduquen viéndose, conociéndose y amándose en el compadecimiento mutuo y en el mutuo auxilio, porque hoy más que nunca todos necesitamos de todos.

El P. Riva había estado en Utrera: allí había hecho sus primeras armas en estos campos de la Educación. Atesorando como él sabía, experiencias y principios, a su Escuelita dedicó tantos cuidados como al Colegio. Y con la Escuelita, esa otra institución tan Salesiana: el *Oratorio festivo*.

Para ellos se construyó, pegado al Colegio y suficientemente independiente de él, un hermoso edificio, de tres aulas, un buen corredor y un patio. Abriéronse tres grados de Instrucción Primaria Elemental; más tarde se añadió el 4º.

Escuelita y Oratorio han tenido, como todo lo humano, sus alternativas de grande prosperidad y de pasajeros eclipses; pero en con-

junto, siempre han seguido la ley del progreso. El número de los alumnos siempre se mantuvo alrededor de los 120, es decir, 40 para cada grado. El del Oratorio ha sido siempre mayor.

Obra de beneficencia tan hermosa, ha gozado también de la simpatía pública y nunca han faltado almas buenas que han ayudado a sufragar los gastos que Escuelas y Oratorio imponen.

Fué también deseo del Padre Riva completar la Obra con la implantación de los talleres-escuelas, pero nunca lo pudo realizar. La Divina Providencia le tenía reservada esa gloria al Revmo. P. Santolini.

Por varios años dirigió la Escuelita el R. P. José Casazza; cuyo recuerdo permanece aún vivo como un aroma de azahares y azucenas. Cada vez que el buen Padre, veterano de los Salesianos en Venezuela, viene a Caracas, visita su Escuelita y su Escuelita le sonríe y lo saluda con filial reverencia.

El año de 1914, por circunstancias especiales, la Escuelita tuvo una madre. Nombrado el P. José para otro cargo, se encargó de la Escuelita la Señora Isabel de Ropero, matrona digna de recordar los nombres de Margarita Bosco y de Teresa Rúa. En su labor pues sus grandes dotes de Maestra y las ternuras de un corazón materno. ¡Cuántos caballeros que hoy ocupan importantes puestos en la sociedad, le deben en gran parte lo que son, y pronuncian su

nombre con cariñosa gratitud!

El ínclito Padre Aime la distinguió con su aprecio y el Rvmo. Padre José Vespignani, miembro del Capítulo Superior y Visitador extraordinario, dejó en ella un grande elogio en el libro de visitas.

Al llegar de Colombia el Maestro Corso, los Superiores lo encargaron de la Escuelita, proporcionando otro empleo a Misia «Isabel.»

El cargo era delicado. La herencia no de fácil entrada. Había que suceder a una Maestra habil y más que todo, a un corazón materno.

Pues bien, los Superiores anduvieron acertadísimos en el cambio. El Maestro Corso supo mantener esa disciplina hecha de confianza y de respeto, de mutuo cariño; supo llevar a la empresa, un corazón. Delicadísimo de alma y sentimiento como era, tuvo el talento de continuar los métodos y maneras de la Señora Isabel y de mantener a la Escuelita en relación con ella, invitándola con frecuencia a exámenes y funciones, a ciertas catequesis e interesándola en la marcha y progreso de obra tan querida. Mostró en esto de manera palpable su gran sentido práctico y la belleza de su corazón. No siempre es cosa fácil resistir a la tentación de cambiar lo de los antecesores, siquiera para aparecer como persona de iniciativas.

XVII

El Maestro

Por algunos años la Escuelita mantuvo sólo sus tres grados de Enseñanza Primaria Elemental. Los que al fin del 3º habían observado muy buena conducta y aplicación, pasaban al Colegio gratuitamente hasta terminar la Primaria Elemental y la Superior. Era el premio más ambicionado. El año de 1930, y como recuerdo del Centenario Patrio – la muerte del Libertador, que marca también su consagración definitiva en la Historia y su incesante crecimiento en la conciencia universal; pidió y obtuvo el tener también el 4ºgrado y presentar sus alumnos al Examen del Consejo Federal.

El se reservó siempre el grado Superior y la dirección efectiva de la Escuela. Decimos «efectiva» porque legalmente y de derecho lo es el R. P. Director del Colegio, puesto que Colegio, Escuela y Santuario de María Auxiliadora forman una sola casa, denominada «Colegio de San Francisco de Sales». Por ser la Casa Inspectorial, tiene la gloria de alojar al Revmo. Padre Inspector y buena parte de los miembros del Consejo Inspectorial.

El Maestro Corso representaba en esa

sección al Padre Director, de él dependía, con él se aseguraba, a él daba cuenta minuciosa de todo y de él recibía las directivas generales.

A medida que iba el tiempo transcurriendo y él dando a conocer sus grandes dotes de organizador y educador, se le fué dando mayor libertad de acción.

Prácticamente él, desde el año 1929, dirigía la Escuela y daba clase en 3° grado y en 4° cuando el 4° se fundó.

Su clase era un modelo. Tenía el dón de comprender a los niños y hacerse comprender de ellos, de amarlos y hacerse amar, de respetarlos y hacerse respetar.

Era un Maestro perfecto de grados elementales,que suelen ser los más difíciles, y que tienen una importancia grandísima, pues que de ellos depende en gran manera el éxito de los demás. Si el niño adquiere desde entonces el hábito de disciplina y de orden y el método del estudio, toda su posterior carrera estudiantil y profesional queda asegurada. – Y esto lo sabía hacer admirablemente el Maestro Corso.

Puntualidad en el horario.En esto era inexorable. Orden y silencio en la entrada y salida de aulas. Orden y actividad durante las lecciones. Templado rigor en el aprendizaje. Aseo en la persona y en los útiles de clase y materiales de enseñanza, limpieza en los locales. Respeto en la calle. Exactitud en las Notas diarias, semanales y mensuales. Comunicación

con los padres y encargados. Todo esto logró cumplidamente y en breve. Su personalidad se impuso, de un modo suave, natural, decisivo. Era querido y respetado. Maestro que logra esto, no quiebra: triunfa siempre.

Ya hemos dicho que poseía un gran sentido práctico, que con el tiempo, la experiencia y la oración se perfeccionaba mucho. Gran parte de sus triunfos se deben a esa cualidad.

Este sentido práctico le daba, como al acero templado, firmeza y flexibilidad. Sabía exigir lo necesario, lo que pudiéramos llamar «esencial», y transigir en lo accidental. Así hacía sus clases amenas, agradables, movidas al par que disciplinadas.

Al principio del curso estudiaba detenidamente el Programa, consultaba con su Director lo que le parecía difícil y dudoso y en base de ese estudio distribuía las materias por meses, de modo que tuviera luego tiempo para los repasos y ejercicios. Sabiendo que el Programa es guía y no «marco invariable», sabía interpretarlo, adaptando juiciosamente la enseñanza a las necesidades reales de los niños dentro de las necesidades e intereses del medio en que actuaba.

Bien formado en la Pedagogía Salesiana en cada asignatura seguía el «método cíclico», y todas ellas las sabía «encadenar, relacionándolas unas con otras, por el procedimiento de correlación que da unidad a la enseñanza hu-

mana por las múltiples y fortísimas asociaciones que entre ellas se establecen». Y como afortunadamente, hay demás una materia, que es más que una asignatura, puesto que es el vínculo que todo lo une y adonde todo converge, de esa asignatura: el Catecismo, hizo el centro de relación y de unidad de todas las asignaturas variadísimas del Programa. Con grande amor enseñaba el Catecismo y hacia él derivaba con la mayor naturalidad la Instrucción Cívica, la Higiene, la Historia y Geografía y hasta la Grámatica y la misma Aritmética. A decir verdad, si explicaba el Catecismo y lo exigía a la letra y al sentido, para él más que una asignatura era el aglutínante de la vida, que sin él se disocia y se pierde. Como fiel discípulo, o mejor, como buen hijo de Don Bosco Santo, para él «enseñar era educar, y educar era mejorar», y mejorar es acercar al Sumo Bien, por el conocimiento, amor, imitación y unión de Jesucristo, Camino, Verdad, Dechado y Vida de todas las generaciones y de todos los hombres. «Este es el modo mas práctico de enseñar a un tiempo el camino del cielo y la hombría del bien que asegure en la tierra el bienestar asequible». Persuadido estaba de que, sin esto, la Escuela no tendría otro objeto que «hacer animales cultos, que van de tránsito sin saber adonde, a pesar de su ilustración y aveces ponderada ciencia» como dice Manjón.

En cuanto a Sistema, seguía el «Preven-

tivo», el nuestro, el que nos legó D. Bosco, hecho de paciencia, de benignidad,de amor. Como tal, "comenzaba pronto, andaba siempre, caminaba despacio, procedía con orden, ascendía por grados e iba sobre seguro, no dejando huecos ni pegando saltos. Preguntaba mucho yasí se aseguraba de que los niños aprendían y comprendían. En cuanto le era posible, empleaba el procedimiento «intuitivo», y así, pudiendo, mostraba los objetos, los presentaba en sus diversas faces, y cuando eso no era posible, los enseñaba en los cartelones, y si aun no era posible por no tenerlos, los describía minuciosamente, los dibujaba en el tablero y procuraba que los alumnos los copiaran."

Como sólo lo que se retiene es lo que se sabe, y como para retener no hay más remedio que repetir, él repetía mucho. Cada mes daba un repaso a la materia tomada, y cada tres meses, un examen.

Para mantener el interés y despertar la emulación, promovía certámenes o desafíos y daba premios.

La Premiación final revestía grandeza y solemnidad. Interesaba en ella a los padres de familia, a los bienhechores de la Escuela, al Rdo. Sr. Cura Párroco. En suma, el Maestro Corso era. . . un maestro. Habíanlo hecho tal sus cualidades innatas, y el estudio constante y sobre todo, el amor sobrenatural a sus discípulos.

XVIII

El asistente

Nosotros llamamos «asistente» lo que otros Institutos denominan «vigilante», «inspector» etc, o sea, el educador especialmente encargado de la vigilancia y disciplina. Y se le llama «asistente» porque «asiste», o sea, ayuda, acompaña, cuida a los niños. Y aunque en el espiritu de la Congregación, todos los Salesianos, del Director abajo, son y deben considerarse «Asistentes», hay siempre, y necesariamente debe ser así, individuos «especialmente encargados de eso» y son «responsables inmediatos de la disciplina y moralidad de la casa».

El asistente, como lo entiende nuestro Santo Padre Don Bosco, es un agente de primer orden en la labor educativa. Es el «ángel visible» que el educando tiene y siente siempre a su lado, siempre pronto a sostenerlo y ayudarlo; que, siempre previdente y providente, cuida de *pre*-servarlo de todo peligro físico, intelectual y moral. Como la del ángel, esta vigilancia "no debe molestar ni pesar, ni siquiera hacerse sentir sino en caso necesario, porque obtendría efectos contrarios a lo deseado. Debe ser tan vigilante como dulce; debe ser

paterna, casi dirlamos, materna, casi invisible. El niño debiera sentir al asistente sólo cuando lo necesita".

El asistente es un «apóstol». Y qué es un apóstol sino «un cáliz desbordante, un alma llena de fe; un corazón amoroso que de la exhuberancia de su vida sobrenatural hace partícipes a los demás? El apóstol arde en celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas. Por eso multiplica los recursos del celo y sin cesar, y sin miedo, enciende en las almas los deseos de perfección; perfección en todo sentido».

Angel y apóstol! grande misión; bella misión; pero también, difícil misión! Y cuán bien súpola cumplir el Hermano Corsó!

Qué hace el ángel de la guarda? – Ruega, vigila, ilumina, acompaña, ayuda.

Orar! Si toda suficiencia viene de Cristo, la de ejercer ese oficio sublime viene de El en manera especial, porque se trata de algo ya sobrenatural. Y el Hermano oraba, oraba mucho por sus niños, oraba no sólo con la meditación y las plegarias vocales, sino que su vida entera era una oración, pues era una inmolación continua en aras del amor más puro.

Y como el ángel, velaba sobre sus niños, procuraba prevenir los peligros; los aconsejaba, les advertía cariñosamente, les iluminaba las sendas del porvenir con oportunas advertencias. Y cuando a pesar de sus cuidados, los niños faltaban, cómo lo sentía! – De ordinario abierto, sonriente y alegre, aparecía a veces preocu-

pado y triste. "Se nos está dañando Fulano", decía con un acento que bien delataba las amarguras del corazón. Y entonces redoblaba su vigilancia, sus solicitudes y sus oraciones.

Los recursos de su celo apostólico eran variadísimos. Ante todo, el cumplimiento de su deber: no se ausentaba de su puesto, no abandonaba nunca a sus niños. No era la suya una asistencia pasiva, un mero acto de presencia porque no se puede hacer otra cosa; sino un ejercicio activo, un verdadero apostolado. Miraba, atendía a todo, avisaba, alentaba, corregía, suscitaba la iniciativa del niño.

En cierta ocasión andaba muy preocupado. Preguntado si se sentía mal, respondió: "¡Cómo trabaja el demonio! Cuántos niños se dejan engañar! Pobrecitos! Y no nos quieren creer!"

Al terminar los Ejercicios espirituales del curso 1931 – 32 estaba más alegre que nunca y a su Director le dijo: "Gracias a Dios! cuántos niños nos esperan este año en la Escuelita y el Oratorio! Verdad es que el diablo trabaja mucho; pero, Padre! correremos antes que él y se los daremos a Jesús!"

En ese mismo año el Colegio tuvo un gran aumento de niños y el personal era escaso. Habia que alistar un nuevo dormitorio para los pequeñitos. Y el Director andaba preocupado. Se sabe, la asistencia del dormitorio es una cosa muy seria y la de los pequeñitos tiene preocupaciones especiales.

El buen Hermano, aunque tenía trabajo sobrado en su Escuelita, se ofreció generosamente para la asistencia, ofrecimiento tanto más meritorio cuanto, a más del trabajo mencionado, tenía otras razones que lo excluían de esa asistencia. Se las hizo presente el Director, agradeciéndole su ofrecimiento. Pero como realmente la necesidad apremiaba – y el buen corazón del Hermano lo veía claramente – acabó por encomendársele. De cuán a pecho lo tomó es prueba el cariño con que lo recuerdan sus asistidos, y el orden, compostura y esmero con que en todo procedió. Cuidaba de que se mantuviera el local limpio y ventilado; enseñaba a los niñitos a hacer elegantemente sus camitas, a cepillar sus ropas, lustrar su calzado, los revisaba con la mayor delicadeza para que estuvieran limpios, peinados, cortas las uñas... Les enseñaba a elevar prontamente su corazón a Dios cuando la campana daba la señal de levantarse y consagrar a El, al Padre Celestial las primicias del día; a vestirse y despojarse con la mayor modestia y prontitud, procuraba que antes de acostarse le rezaran tres Avemarías a «la mamaíta del Cielo María Auxiliadora», les recordaba la presencia del Angel de la Guarda. Cuando alguno enfermaba, cuidaba diligentísimamente de hacer lo que el Reglamento ordena o las circunstancias aconsejaban. En fin, un verdadero Asistente Salesiano de dormitorio.

Y así era en todo. ¡Cuántas veces, en ese

recreo después de la cena, se le veía discurrir por los patios, especialmente en los lugares más oscuros o más apartados! Y era para *prevenir* todo peligro, pues se sabe que los peligros se presentan cuando menos se piensa, que el enemigo asecha.

Tenía un ojo muy perpicaz: la claridad especial de que habla la 4ª Bienaventuranza. Sin tener especial asistencia en el Colegio – fuera de la del dormitorio de pequeñines – y teniendo sobrado trabajo en su Escuelita, muchas faltas pudieron prevenirse y no pocos remedios anticiparse debido a las advertencias u observaciones del Maestro.

Y en su Escuelita y en su Oratorio festivo era algo así como un reflejo de la presencia de Dios: estaba en todas partes, y en todas se sentía su presencia, y era una garantía y un alivio para todos. Los colegas sentíanse sostenidos y los niños controlados.

Todo esto, claro está, le costaba sus sacrificios. Pero él tenía la mira puesta en Dios y en los ejemplos de Don Bosco. Y además los sacrificios estaban ampliamente compensados. El orden que reina, el cariño que se recoge, la tranquilidad de la conciencia, la constatación del bien que se realiza y la seguridad de que hay mucho que hoy no se ve pero que momento por momento va siendo anotado en el libro de la vida, la aprobación implícita o explícita de los Superiores compensan sobradamente esos generosos sacrificios. "Si es hasta un ne-

gocio, decía él, sacrificarse un poquito para cumplir exactamente nuestro sabio Reglamento: hasta por egoísmo debemos hacerlos, porque al fin de cuentas se sufre así menos".

Y tenía razón.

De aquí el buen espíritu – tan netamente salesiano – que admiraban y saboreaban cuantos visitaban la Escuelita y el Oratorio Don Bosco y que permanece como un aroma adherido a esos benditos locales.

XIX

El Catequista

El Maestro Corso fué un gran Catequista. "Sentía" el Catecismo, estaba convencido de la necesidad que tiene el pueblo de saberlo y de la obligación de enseñarlo; sabía enseñarlo y quería enseñarlo.

No ignoraba que la Obra Salesiana, tan grande hoy y tan extendida, comenzó por el Catecismo a un rapaz del pueblo en la sacristía de S. Francisco de Asís; que vive y prospera precisamente por la enseñanza del Catecismo y que «para enseñarlo y vivirlo» la conserva Dios en el mundo, y le proporciona Oratorios Escuelas, talleres, Colegios y Misiones.

Por muchas vueltas que se les den a las

cosas, el pueblo siempre vivirá de fe y si se le quita la fe en Dios haciéndole ignorar el Catecismo, ese pueblo pondrá su fe en los embaucadores y seguirá a los demagogos y acabará con todo y se perderán las almas.

Hay, pues, un fin necesario que obtener y hay una ciencia que enseña a obtenerlo. Esa ciencia es el Catecismo, ciencia, por tanto, que a todos interesa. Aprenderla es una obligación; enseñarla es, para muchos, un deber al par que una gloria. Los padres de familia, los maestros, los Superiores, los Sacerdotes tienen ese deber.

El Maestro Corso lo comprendía muy bien y sentía la grandeza y la belleza de ese deber. Y como además comprendía que eso es una prolongación del ministerio y que se trata de algo que roza lo sobrenatural; pedía incesantemente al Padre de las luces la gracia de hacerlo bien. Y el Señor le concedió ese don. Sabía enseñar el Catecismo. En los certámenes de Catecismo que todos los años celebraba, notábase en los niños de la Escuelita y aun en los del Oratorio festivo, una preparación que tenía algo de especial: no era rutinaria y estaba impregnada de un gran cariño y de una convicción que agradablemente sorprendía. Adivinábase la obra personal de un maestro consciente y fervoroso.

— Para qué deseaba tanto ser sacerdote? le preguntábamos unas semanas antes de su muerte.

— Para enseñar a fondo la Doctrina cristiana, como lo deseaba también nuestro Padre Don Bosco, respondió.

Estaba persuadido de la grandeza que encierra el Catecismo. Ese librito encierra, en compendio, toda la filosofía y toda la Teología y toda la ciencia de la santificación. Bien se ha dicho que en ese compendio se revela toda la divina ciencia de la Iglesia, depositaria y maestra de la Verdad: breve, sencillo, popular en la forma; trascendental y sublime por el fondo, ninguno se ha escrito ni se escribirá tan importante.

Pero por lo mismo, es conveniente y aun necesario saber enseñarlo.

A las lecciones, el Maestro Corso se preparaba con la oración. Y nos consta que en la meditación de la mañana, en sus visitas al Santísimo y sobre todo en la Santa Comunion, pedía la gracia de enseñar bien la Doctrina Cristiana.

Además, se preparaba muy bien, vez por vez. Aprendía de memoria, a la letra, las preguntas y las respuestas del texto. Leía con detenimiento las explicaciones de los libros de preparación catequística, como Ortúzar, Spirago etc. ; se documentaba con los ejemplos de que esos libros son depósito surtido y utilizaba diestramente los que la experiencia y la vida diaria ponían a su alcance y al alcance de los niños. Tomando la lección, exigía las respuestas del texto, a la letra, y cuando todos o

una buena parte de los alumnos la habían dado, se aseguraba de que la comprendían, haciéndoles convenientes preguntas y poniéndolos en el caso de recordar las explicaciones que en lecciones anteriores, al ponerles la lección, había dado.

Los domingos, cuando el Oratorio festivo congregaba centenares de chicuelos, el Catecismo se da por secciones y grupos. Al frente de cada grupo hay un Catequista y éste muchas veces es un niño, un jovencito del colegio que por pertenecer a la «Acción Católica», se entrena en el apostolado. Y qué mejor apostolado que enseñar la Doctrina Católica? - Y en nuestra Congregación, qué brillante tradición de esto tenemos! También en esto es nuestro Santo Padre Don Bosco el Precursor inmediato de la Acción Católica. Don Bosco sacó sus catequistas mejores de entre sus mismos rapazuelos. En el Oratorio de Turín, casa madre y residencia del Consejo Generalicio, los Alumnos del Gimnasio y de las Escuelas Profesionales prestan su servicio de Apostolado en los Oratorios festivos y en los Catecismos Cuaresmales. - Esto lo sabía el Maestro Corso y solicitaba graciosamente de sus Superiores esta colaboración del Colegio. ¡Bella y fecunda obra de armonías sociales!

A estos catequistas los cuidaba y los distinguía mucho, como a verdaderos cooperadores y colaboradores.

Terminadas las lecciones por grupos, el

Maestro reunía a los oratorianos para la enseñanza y exhortación de conjunto. – Esta la hacía un Sacerdote y él la confirmaba después.

Y puesto que el Catecismo, más que otra cualquiera ciencia, es ciencia práctica, para la vida, y que en la vida tiene aplicación a cada instante, era preocupación suya – como lo era de San Juan Bosco y lo es de todo aquel que se preocupe un poquito por las almas – el aplicarlo a la vida, el *educar en el Catecismo*, como dicen los Maestros de Pedagogía. Con deleite saboreaba aquel párrafo en que el insigne fundador de las Escuelas del Avemaría, el inolvidable Manjón, gran admirador de D. Bosco y gran amigo nuestro, explicaba eso de "educar en el Catecismo."

"Qué es, dice Manjón, educar en el Catecismo? Es enseñar a vivir según su doctrina, es aprenderlo para entenderlo y entenderlo para amarlo y saberlo practicar con amor y conciencia, como quien lo pone sobre su cabeza para que alumbre todos sus caminos y lo aprieta junto al corazón para que sea norma de toda su vida. Esto es lo que se llama *Catecismo en acción, la educación de los pueblos en la ley de Cristo*, que comprende todos lo deberes (naturales y sobrenaturales) del hombre sobre la tierra,no para tener el gusto de referirlos sino para gustar la satisfacción de practicarlos. No hay obra tan grande, ni por lo tanto, más difícil.

"Dada oportunidad, debieran enseñarlo

todos... El modo es un arte y un don del cielo: como arte tiene sus reglas y lo mejor es verlo y hacerlo muchas veces; como don, se necesitan ciencia, destreza, celo y paciencia; cuanto mejor se sepa y sienta lo que se enseña, y más se ame o identifique el catequista con el alumno, tanto mayores serán los resultados. Saber creer y amar, he ahí el secreto para aprovechar."

Y he ahí también el Secreto del Hermano Corso.

XX

El Vicedirector

Cualidad grande de gobierno y cosa muy recomendada por Don Bosco a los Superiores, es el no pretender hacerlo todo por sí mismo, sino saber compartir con sus hermanos trabajo y responsabilidades. El «hacer hacer» es muchas veces tan importante como el hacer.

Viendo los Superiores las habilidades del Maestro Corso, su amor a la Iglesia y a la Congregación, su tacto, su prudencia, su pureza angelical, su espíritu de sacrificio y sobre todo su rectitud y su sentido de responsabilidad, le fueron poco a poco dejando mayor libertad - una libertad controlada, se entiende - en el ma-

nejo de la Escuelita y del Oratorio festivo; de modo que hacía tres años era, práticamente, el Director de esa obra: hacía las veces del Director, con gran alivio de éste, pues no es poca merced del cielo poder descansar tranquilo en la marcha y gestión de una obra, porque hay quien la lleva a maravilla. Tal era el Maestro en esa obra importante.

La actividad salesiana del Mtro. Corso era realmente sorprendente. Llevó su «Escuelita» a una altura envidiable. Hacía con ese par de centenares de chicuelos maravillas que evocan tiempos heróicos. Alguien pudo una vez, escribir, después de haberlas visitado y visitado el Oratorio Festivo: «He visto en Caracas los prodigios de Don Bosco». Y algo de esto se veía ciertamente.

El Maestro Corso amaba intensamente a sus niños, los amaba con un amor espiritual que lo urgía a hacerles el bien de mil maneras; se sacrificó por ellos; «se dió»: que es la manera de trabajar eficazmente en el apostolado. Y sus niños le correspondían. Admiraba esa disciplina cordial que allí reinaba; esa generosidad con que los niños se prestaban a todo, a veces con verdaderos sacrificios; esa piedad sencilla y profunda que todo lo embalsamaba.

Como Encargado de la Escuela, él recibía los niños, se entendía con las familias, regulaba las relaciones, distribuía el trabajo, etc etc.

Sobre sus compañeros de trabajo, algunos mayores que él, ejercía esa dulce auto-

EN MEDELLIN

ridad, que se hace acatar sin hacerse pesar, ni aun casi sentir. Semanalmentè los reunía para cruzar ideas e impresiones, para dar y discutir las notas de conducta y aprovechamiento de cada niño, distribuir el programa, combinar las fiestas, examinar propuestas etc. etc. Escuchaba, preguntaba, observaba, proponía y... sin el menor aire de superioridad, decía siempre la última palabra.

Observa agudamente nuestro Revmo. Don Albera que "las personas profundamente reliligiosas y de costumbres puras, son por lo general muy educadas, porque poseen las virtudes que la fina educación requiere".

Y eso era muy visible en el maestro. Era gentilísimo y cortés con todo el mundo. Cuantos lo trataban quedaban encantados de él.

Y no consistía su educación en zalamerías, ni chistes, ni burlas, ni en afectaciones; más bien era serio, - sino que su porte, sus palabras, su actitud, su proceder entero era una espontánea manifestacion de la estima hacia la imagen de Dios, que veía en cada persona, de su humildad, de su abnegación, de su benevolencia, de su espíritu de fe y unión con Dios.

Complacía en lo que podía y en lo que no, daba satisfacciones tan bien aderezadas, que contentaban lo mismo.

A las familias les avisaba a lo menos cada mes sobre el comportamiento de los niños y cuando alguno se portaba mal, sabía comu-

nicarlo y procurar el arreglo. Hasta cuando expulsaba a alguno, hacíalo sin que quedaran resquemores ni resentimientos.

Preparaba admirable, suntuosamente las veladas, las premiaciones y el clásico Bazar de Noche buena y Reyes.

Entusiasta y valiente, concebía con audacia y ejecutaba con prontitud lo que se proponía. Así contagiaba de su ardor. Para sus niños pedia con entereza y se le correspondía con generosidad. Con santa libertad mezclada con esa humilde modestia del verdadero celo, hablaba o escribía a personajes conocidos, o no, y obtenía cooperación valiosa.

Deseaba que sus niños aprendieran música y mecanografía: supo que alguna familia tenía un piano o una máquina que pudieran servirle. Y visitó y expuso sus deseos. Y la máquina vino y vinieron los pianos.

Para facilitarles a sus niños pobres del Oratorio festivo la Santa Comunión dominical o de los primeros Viernes, se ingenió hasta procurarles desayuno – suculento por cierto – a todos. Y los trataba muy bien. La vajilla, sin ser lujosa, era elegante y fina; y la cuidaba mucho.

Teniendo en cuenta una recomendación que hace Don Bosco en las Constituciones: «Debe darse a los alumnos amplia libertad de correr, saltar y gritar a su gusto en los recreos;

la gimnasia, la música, la declamación, el teatro, los paseos, son medios eficasísimos para conseguir disciplina y favorecer la moralidad y la salud»; el Maestro deseó que los patios de su Escuela y Oratorio fueran modelos del género. Y lo logró... en cuanto era posible. Así, los midió y arregló convenientemente para las carrera y los juegos que con ella se relacionan y puso aparatos gimnásticos numerosos, unos fijos y otros variables. Así tuvo tabogán, pasavolantes, barras fijas, trapecios, sube y baja y tuvo también su máquina de cine y su filmadora para perpetuar ciertos actos sobresalientes. Y para todo encontró dinero. A fin de obtenerlo, organizaba rifas, representaciones y sobre todo... pedía. Y saber pedir con tanta gracia, que nadie se le negaba.

En las premiaciones generales y en los bazares, los premios eran numerosísimos. Era de ver cómo sabía arreglarse y cómo correspondía el Comercio a sus amables peticiones.

Y era también de verse la gratitud que mostraba para con sus bienhechores. Les mandaba tarjeticas, estampitas, estatuitas, vidas del Santo Don Bosco y acababa así por conquistar sus corazones.

Sus carticas eran modelos en el género.

El Maestro Corso era un «organizador». Ante todo, sabía ver el punto exacto de las cosas, y visto, sabía ir derecho al fin. Esos ac-

tos en que tomaban parte centenares y aun millares de personas, como los ya nombrados bazares y rifas, que tanto se prestan al desorden, las procesiones, las veladas, los paseos generales, le salían tan bien y tan ordenaditos, que causaban admiración. Y era que todo lo preveía y disponía para evitar sorpresas. Y luego su actividad era incansable e incansable su vigilancia: en todo estaba. Y a más de eso, en movimiento y agitación sabía conservar la calma, el dominio de sí mismo y el control sobre todos sus ayudantes. Quedaba a veces rendido, es cierto; pero mientras duraban los actos, nadie se percataba de ello. – También este era un dón de Dios, fruto de su espíritu de sacrificio y premio de su abnegación.

Y qué decir de esas Primeras Comuniones, tan fervorosamente preparadas, tan minuciosamente conducidas, tan regiamente llevadas a cabo?

Dos veces al año se hacían en la escuelita y el Oratorio: por Pascua Florida y para la Inmaculada Concepción. Meses antes ya comenba a hablar del gran acontecimiento. Hacía que todos los niños rogaran por los afortunados que iban a prepararle a dulcísimo Jesús, Rey de los reyes, hospedaje en su propio corazón. El mes inmediatamente anterior lo empleaba en prepararlos próximamente, con especiales Catequesis, y los últimos ocho días eran ejercicios espirituales en forma. Y como su celo era grande, proporcionaba igual facilidad a las ni-

nitas del barrio, que tenían sus Catecismos aparte y para ciertos actos se reunían, en debidas secciones, en el Santuario.

El día de la Comunión amanecían Santuario y locales muy adornados con flores, guirnaldas y banderas.

A la hora competente, los niños se reunían en la Escuelita y las niñas en una casa vecina. Y venían a la Iglesia en procesión, con sus vestiditos apropiados, sus cirios, y con sus coronas de flores blancas las niñas. El Sacerdote, con buena porción del Pequeño Clero, salía a recibirlos en la puerta y el órgano los saludaba con majestuosas notas. Durante la Misa, las oraciones y los cantos se alternaban, como lo recomienda el excelente Manual de la Primera Comunión, compuesto por el eminente Sacerdote venezolano, Dr. Luis Romero Sánchez, Cura de San Mateo.

Después de la función, salían con la misma solemnidad que habían entrado e iban a tomar el desayuno que el Maestro les había hecho preparar. Sacaban luego las fotografías de los respectivos grupos.

Por la tarde, a hora competente, repetíase la entrada solemne a la iglesia y con grande aparato y seriedad se hacían los propósitos, se renovaban las promesas del Bautismo y se pronunciaban las promesas especiales que están mandadas o indicadas para el caso.

La impresión que se grababa de tales días en el alma, tenía que ser grande. Y es que el

Maestro, como fino educador, sabía lo que vale para el hombre la Primera Comunión bien hecha.

XXI

«Corsito»

«Mucho hemos sentido la muerte de *Corsito*. Aquí nunca lo hemos olvidado. Yo lo quería mucho por su espíritu servicial y su candor.»

Así escribió el Padre Bertola, Inspector de los Salesianos de Colombia. – Y el Hermano del Real, compañero de «Corsito» por muchos años y maestro del Arte de imprimir en Bogotá:

"La noticia de la muerte de *Corsito* nos ha caído como una bomba. Por mi parte no puedo acostumbrarme al pensamiento de que ese querido y abnegado hermano nos haya dejado tan pronto. Sea por Dios! y que San Juan Bosco nos mande muchos hermanos como él!"

Desde Ciudad Bolívar escribía el P. Burk: "Hojeando aquí la prensa, leo en el Nuevo Diario la noticia de la muerte del Rdo. José Fermín Corso, Salesiano. ¿Pero será verdad que *Corsito* ha muerto?. . ."

Así como para los niños era «el Maestro Corso»; para sus compañeros y Superiores era «Corsito». ¡ Cuán elocuente es este diminutivo, expresivo de cariño y de confianza! Las lenguas tienen matices, como la pintura toques y la música rasgos que declaran mejor que con grandes amplificaciones las situaciones, los caracteres y las esencias mismas. – Ese «Corsito» es una preciosidad. Traduce una gran bondad de corazón, una gentileza, un espíritu de sacrificio nada comunes.

Todo el que acudiera a él estaba seguro de ser atendido y casi siempre complacido, porque su cortesía era exquisita y su caridad muy grande. Esto se manifestaba en una sonrisa serena y en una prontitud especial para servir y ayudar de modo eficaz y con una alegría de modales y actitudes que se agradecía no menos que el servicio prestado. Cuando no podía complacer en lo que se le pedía, manifestaba pena y acompañaba la disculpa de atenciones tales, que no podía menos de obligar y edificar.

Esto hacía que de todas nuestras casas se dirigieran a él, pidiéndole favores y haciéndole encargos. «Corsito: te mando tanto para que me compres tales y cuales cosas. – Corsito he oído decir que han llegado unas muestras de cuadernos caligráficos que facilitan mucho la enseñanza. Mucho te agradecería que te enteraras de lo que haya en eso y me lo hagas saber, y si puedes, hazme mandar alguna mues-

tra. . . — Corsito, me han dicho que tienes un pasavolante magnífico y unos aparatos de gimnasia maravillosos y que te han salido muy baratos. ¿No podrías reseñarme acerca de eso y si no te es muy molesto, ponerme en relación con las casas que lo suministran? » — Y al cabo de unas semanas, Corsito había puesto al Padre Ojeda o al Padre Luis o al Padre Sánchez en relación - eficacísimamente recomendados - con esas casas, así estuvieran en Nueva York o en Milán.

— «Corsito: he menester unos buenos diplomas y unas medallas id para la premiación del Colegio; tantas docenas. . . –» .Y diplomas y medallas venían en buenas condiciones de pago.

—«Corsito, que me encuentro en un apuro muy grande: figúrate! mañana viene la Colonia Italiana a celebrar su fiesta anual y se necesita arreglar la iglesia para la ceremonia religiosa y el salón – teatro para el acto melodramático-literario y además una gruta simbólica para hacer la guardia a la urna de las reliquias patrias, y esto y esto. . .» – Y Corsito, sonriendo decía: "Buenó, Padre, no se apure. . ." Y se las arreglaba de tal modo que la iglesia aparecía sobria y elegantísimamente adornada y el destartalado salón hecho un primor y la gruta simbólica aparejada para todos las guardias y velas del caso. De sus dedos brotaba la gracia.

— « Mira, Corsito habría que hacer una ins-

talación de luz eléctrica en la fachada de la iglesia y en el pórtico del Colegio y arreglar los sitios por donde ha de pasar, la procesión de María Auxiliadora, y tener pajecitos que vayan esparciendo flores, y vigilantes que ordenen las filas y eviten contigencias, y una tribuna en el patio, y a la mano recursos de enfermería por si alguno se desmaya, y. . . y mil y mil cosillas. . .» – Y se estaba seguro de que todo se cumplía a las mil maravillas. "Corsito" se multiplicaba.

– ¿Podrías, Corsito, organizar para mañana una función de cine para los niños del Colegio? ya sé que estarás cansado, pues das la tuya a tus oratorianos. - Con mucho gusto, Padre: despreocúpese Su Reverencia.

Y la funcioncita de cine salía y los muchachos se divertían un mundo y. . . Corsito mismo manejaba la máquina y a veces hacía los comentarios o explicaba las películas.

– Padre Director! No olvide S. R. que tal día es el Santo de. . . tal cual personaje. . .» Y entre los dos combinaban lo que debía hacerse. — ¿ Sabe, Su Reverencia, que la Sociedad de Santa Ana, que el Mutuo Auxilio. . . celebran tal día su fiesta patronal? Habría que darles una muestrica de aprecio. ¿No piensa S. R. ir o mandar una representación? – . . . — y habrá que decirles dos palabritas. La palabra del Sacerdote anima siempre. — Díles tú, no dos

sino cuatro palabras. — Si S. R. no tiene inconveniente, sí se las diré; pero ellos esperan la palabra suya o la del Padre que vaya a representarlo.

Y así se hacía y Dios bendecía visiblemente esas intervenciones. El Sacerdote y más el Salesiano debe hacerse todo a todos para ganarlos a todos y acercarlos más a Cristo.

"Corsito" servía para todo a todo se prestaba con un cariño que alentaba y edificaba. ¿Quièn a su lado podría mostrarse egoísta?

Y no era que no le costara, no: muchas veces tenía que imponerse duros sacrificios. Pero los hacía generosamente y los disimulaba de tal manera, que muchos creían que hacía esas cosas por pura inclinación natural. El que lo conocía un poco más perfectamente, sabía o adivinaba lo mucho que en ocasiones le costaban esas cosas que hacía como jugando y con la sonrisa en los labios.

Qué gran caudal de virtud había en esos arreglos, en esas funciones, en esos deportes!

Qué de heroísmos no representa el cariñoso diminutivo con que Superiores y compañeros llamábamos "Corsito" él "Maestro Corso", de los niños!

XXII

El hombre de acción

La Santidad de Pío X, en una memorable audiencia concedida al Venerable Don Rua, decíale: "Deseo que cada cooperador sea un pequeño Don Bosco, especialmente en la unión con Dios y el espíritu de trabajo."

Ciertamente que es bello ideal y que no pocos salesianos y cooperadores se han propuesto y se proponen realizar. Y uno de ellos fué, sin duda, el Maestro Corso.

Hombre de Acción Católica sin unión con Dios, sin vida interior, es imposible, por la sencilla razón de que esa acción exige sacrificio, sacrificio incesante, y sólo la piedad sólida alimenta el espíritu de sacrificio, la abnegación bendita.

Decía San Juan Bosco. «El Señor me ha hecho así: el trabajo es para mí un alivio, no sé cómo podría resignarme al tormento de no hacer nada.» – Los buenos Salesianos tampoco podrían resignarse al tormento de no hacer nada.

Por otra parte, el trabajo del religioso, para que sea meritorio, debe ser regulado por la Obediencia» – Mucho hace, añadía Don Bosco, el que hace su deber aunque sea peque-

ño; y no hace nada o muy poco, el que se agita mucho pero no hace lo que debe.»

Afortunadamente, dentro de su propio empleo, cada salesiano tiene vastísimos campos donde ejercer su actividad y aun su espíritu de iniciativa, si quiere.

Pequeño parecía, y pequeño era, el campo del Maestro Corso; pero él lo supo ensanchar. . . sin invadir lo ajeno y sin salirse de los linderos asignados.

Las clases de Dibujo y Música

Oigamos a uno de sus ayudantes, que es conquista suya:

« A raíz de la creación del 4º grado en la Escuelita, una persona se le ofreció para dar clases de Música y Dibujo. El Maestro aceptó entusiasmado la proposición y *en seguida* comenzó». Un instinto certero le avisaba que diferir las cosas suele ser sinónimo de omitirlas y que el camino del mañana suele llevar al jamás.

Así es que «con aquella santa actividad que le era peculiar, comenzó ese mismo día a buscar los útiles necesarios.

Antes de una semana aparecieron las paredes del salón grande revestidas de modelos de cartón, de relieves y de yeso y los muchachos armados de papel y de creyones».

Y la clase se comenzó y se siguió y se sigue.

Y para la música, uno tras otro y en menos de un mes, vinieron cuatro pianos.

Uno de ellos lo compró y se lo regaló un eminente eclesiástico, rico de virtudes, pero no muy abundante de bolívares: precisamente por su gran generosidad, Monseñor Manuel Pacheco, Provisor del Arzobispado. Del otro, cuando lo pidió . . . la señora de casa dijo: «En ese estudia mi sobrina; tome, Maestro, este billetico y siga Ud. recogiendo para comprar su piano». Pero al día siguiente la misma sobrina rogó se le mandara a los niños de la escuelita Don Bosco: la noble señorita se había conmovido y hacía el sacrificio de su piano: «a ella ya le comprarían otro». Y es que el Hermano Corso era todo caridad. Y la caridad contagia.- Así se expresaban las mismas generosas donantes, que lo fueron las Señoritas Rodríguez España.- Los donantes de los otros dos fueron la Señora Enriqueta de Mirabal y las Hermanas Franciscanas.

La alegría del Maestro era grande. Si aquello parecía milagroso!

Pero los pianos no eran nuevos y algunos llevaban tal vez un par de años de absoluto descanso. Y ya se sabe que la inacción es funesta hasta en los pianos.

Inmediatamente se dió a la tarea de reponerlos en actividad: agua, aceite, barniz y muñeca los pusieron como nuevos.

Pero había que afinarlos. Y aquí se hicieron verdaderos prodigios de oído y de . .

paciencia: cuando todo se creía arreglado, y cuando menos se pensaba,se rompía una cuerda, se ensanchaba el agujero de un tornillo. Pues todo eso se venció, entre risas y cantares. Y en seguida, como estaban tan pulidos y limpios, había que preservarles del polvo del patio. Mandó llamar a una Señora bienhechora para que «se sirviera tomar las medidas a unos niños, para hacerles sendas camisas de gala.» Y no fué poca la hilaridad cuando se vieron los niños, que eran los famosos pianos . . que muy pronto estuvieran protejidos por fuertes fundas de tela.

Los chicos hicieron relativos progresos en el canto, y muy pronto empezaron a dejar oir sus voces en el ámbito del Santuario. . . y no fueron pocas las veces que sacaron de apuros, cuando faltaba quien ayudara a los distintos servicios del culto. . .

Con la mejor voluntad el maestro accedía a que sus cantores fueran a entonar las alabanzas del Señor a otras capillas. También solía llevarlos al Hospital, para que alegraran con sus alegres coplas a los pobres enfermos.

Así los formaba en la verdadera acción católica, que es apostolado de caridad.

A los enfermos también les daba funciones de cine. En esto de películas era sumamente delicado —: jamás dejó de probarlas por recomendables que fueran, antes de que las vieran los y niños con frecuencia encontraba su escrupulosidad escenas que suprimir.

El nuevo local del Oratorio festivo

Comenzó el Maestro por sustituir en el primitivo patio de la Escuelita, un viejo artefacto de madera que hacía las veces de carrusel, por uno de verdad, moderno y elegante, que se trajo de Italia. Transcurrió algun tiempo, y de pronto el patio se pobló de nuevos y atractivos mecanismos, que la actividad y cariño del Sr. Corso había adquirido, por medios admirables que le sugerían su ardoroso celo, para solaz y alegría de sus chicos.... Pero el número de éstos aumentaba rápidamente, y el patio resultaba ya demasiado pequeño. Entonces el Maestro se fijó en un terreno casi inculto, pero bastante capaz, situado del otro lado del Santuario, entre éste y la huerta. Pidió permiso a los Superiores para trasladar allí el Oratorio, y obtenido éste.... ya no hubo más que decir.... manos a la obra! El con unos cuantos chicos de buena voluntad la llevarían a cabo, derrochando por doquiera entusiasmo, actividad y energías..! Y empezó por el ímprobo y duro trabajo de desenterrar las férreas bases de los juegos del viejo patio y pasarlos con otros más adquiridos, al nuevo. Ya allí (en las horas que le dejaban libres las clases en la Escuela y sus muchas otras ocupaciones) le veremos correr de un lado a otro, empuñando ya una azada, la segueta o el nivel; sacando fuerzas más bien de su generoso espíritu, que de su delicado organismo, cavar la dura tierra; levantar

y ajustar pesadas piezas de hierro etc. y muy pronto quedaron debidamente erigidos todos los juegos sobre sólidas bases de concreto, nivelados y probados con paternal y previsivo cariño y guardados por sendas medallas de la Auxiliadora y Don Bosco, con que su piedad y fe, esperaba que sus amados chicos fuesen librados de cualquier accidente al entregarse a sus juegos.

El nuevo teatro

De seguida fué trasformado en cómodo y amplio pórtico, un desmantelado cobertizo que allí había. . . .

Y el teatro? no podía faltar, y también surgió como por encanto el escenario, lindo y sencillo. Un bienhechor había mandado por casualidad algunos cortinones usados de seda y de damascos y una buena cantidad de metros de gruesos cordones dorados, y esto sirvió a maravilla para el decorado – . No quiso el Maestro conformarse con que el telón de boca fuese una endeble cortinilla, y alguien pintó, siguiendo sus indicaciones, uno, donde campea la dulce imagen de D. Bosco entre simbólicas alegorías.

Providencialmente llegó también un crecido número de sillas plegables, un magnífico piano y una artística columna, para una estatua del Santo Fundador, que se colocaría en el centro del pórtico . . . .

Y de dónde salían los dineros para costear todo esto?. - y eran 400. . 500. . 600. . 1000. . y quien sabe cuántos más bolívares! . . En la capilla se sucedían una tras otras las novenas a María Auxiliadora y el rezo de los dolores y gozos del glorioso San José (la devoción de sus amores) que hacían los niños más buenos e inocentes, escogidos por él: he aquí la respuesta!

En los últimos días de su preciosa vida arregló allí un jardinillo, en el centro del cual y sobre una columna, erigida con sus propias manos, colocó una bella estatuica de la Virgen Inmaculada

¡Ah! Cuando se ha alejado el último niño, y, el silencio y la soledad reinan en el patio. . qué de cosas que arrancan lágrimas a nuestros ojos nos dice en su mudez esa virgencita que mira dulcemente al cielo y cruza sus manos sobre el casto pecho!

¡Dios mío, aun nos parece verlo atravesar por el patio, entre la turba de chiquillos, contagiando a todos con su generosa alegría, o subido en lo alto del tabogán, haciendo descender sobre ellos dulce lluvia de caramelos. . balancearse con todo el candor y la inocencia de un niño en el columpio o girar rápidamente en el pasa-volante. . . . Señor bendito seas en tus sabios y amorosos designios. . !»

Las veladas

Con qué esmero y paciencia eran preparadas,! pues el maestro quería que sus chicos fueran en verdad diminutos artistas. Como siempre se verificaban en día de grande fiesta, era para él abrumador en toda la extensión de la palabra el trabajo, pues entonces el número de los oratorianos se duplicaba y triplicaba y el programa de la fiesta tenía que cumplirse al pie de la letra. . ! los juegos y dulces se aumentaban etc. etc. En la tarde había siempre procesión del santo festejado. . . y luego en la noche había que ver y admirar al maestro durante la función. El era a la vez orador de orden, apuntador, tramoyista, electricista. . . y casi siempre actor en la pieza que se representaba. Parecía imposible que pudiera atender a tan diversas cosas. . . «Me parece aun verlo correr entre bastidores de un lado a otro del escenario — para figurar unas veces, las incandecentes llamas que arrojaba el demonio al aparecer en escena; luego el fragor del trueno, el ruido de la lluvia. etc. a la vez que dirigía y animaba su pequeña 'troupe'. Y puede asegurarse que así mismo era en su vida ordinaria en lo que se refiere a trabajo, actividad y diversidad de cosas en que se ocupaba.»

Los paseos

Los paseos largos con que obsequiaba al grupo de cantores y a algunos otros niños de

mejor conducta, eran escasos, pero marcaban época.

No limitaban su actividad las ocupaciones de la Escuela y Oratorio, con ser tantas y tan variadas. Su celo hallaba modo de expansionar hacia fuera. Atendía a las familias de sus niños, ayudándolas en lo que podía, sobre todo en lo espiritual.

Lo que llamamos «Acción Católica» lo entendía y practicaba admirablemente: formarse para formar; ayudar por todos los medios toda iniciativa de la Jerarquía, apoyar toda obra buena que tienda a hacer mejor conocer y amar a Dios y a perfeccionar a los hombres.

Su Escuela se esforzó muchísimo por «informar la vida intelectual y moral de los niños en los principios y en la la profesión franca y sincera de la Religión Católica, en el amor y obediencia filial al Sumo Pontifice y a los Sagrados Pastores,» y por medio de los niños, «en las familias y en el pueblo, despertando enérgicamente la vida cristiana y el sentimiento religioso», por medio de funciones esplendorosas muy anunciadas y bien preparadas.

De entre sus niños formó sus «élites»:verdaderos «Grupos» de «aspirantes» el Grupo de «Cantores», el del «Pequeño Clero», que además de cantar en la iglesia y las veladas o prestar el servicio del altar, trabajan en mil quehaceres de la Escuela, propagan la Buena Prensa, hacen compañía al Prisionero Augusto del altar. . .

Hay en las vecindades del Colegio algunas «Sociedades» económico – sociales, como la «Sociedad Mutuo Auxilio», «Asociación Don Bosco», «Asociación Santa Ana». – Estas asociaciones no sólo no pasaban desapercibidas al Maestro, sino que le merecían atenciones particulares. Rogaba por ellas, aconsejaba el ingreso en ellas, les facilitaba sus grandes y solemnes funciones patronales; sufría cuando llegaba a su conocimiento alguna de esas miserias inevitables donde hay hombres de diversa educación, y ya con oraciones, ya con súplicas, ya interesando a alguna persona de influencia, procuraba remediar el mal. A sus fiestas sociales solía ir y llevar consigo al Director del Colegio o a un representante suyo para que prestigiaran el acto y dejaran oír la palabra Sacerdotal. Frecuentemente hablaba también él. Para ellos hacía en su Escuela alguna función cada año. Era un alma – al fin Salesiano! – abierta a todo lo bueno y a las formas clásicas del apostolado moderno.

Y de dónde sacaba tiempo y medios para todo esto? – Nos lo dice uno de sus ayudantes, el ya citado arriba como una de sus conquistas.

El maestro era cuidadoso y ordenado hasta donde no cabe más, «en su tiempo y en sus cosas» y añade estos detalles: todas las cosas allí brillaban por lo limpias. La vajilla que usaban los chicos en sus desayunos y meriendas, era sencilla y decente pero; la que se usa-

ba en las Primeras Comuniones y días de gran gala tenía ribetes de lujo»

XXIII

Ramillete

Tenía el Maestro una esquisita cortesía de modales unida a una graciosa reserva y suma delicadeza de trato y de costunbres. «Es un ángel», decían las gentes. Y cuanto más lo trataban, más le decían. A nadie se le hubiera ocurrido gastar con él una broma menos inocente o permitiese en su presencia una palabra de doble sentido, un chiste, una seña dudosa. Imponía respeto y veneración y suscitaba elevado pensar. A través de sus facciones y de sus actitudes, se transparentaba la santa pureza. Y en la pureza sabía educar a sus niños.

No era la suya una pureza encogida, tímida ni asombradiza; muy al contrario; temple de apóstol, sabía alternar con toda clase de personas con la mayor naturalidad y hasta inclinarse a los caídos para levantarlos. En esto era prudentsíimo: cuándo llegaba a saber algo anormal, consultábalo con su Director y se atenía a sus indicaciones. Así arregló no pocas uniones que se llevaban no como Dios manda.

Su vigilancia en la Escuela,Oratorio y Co-

legio era extrema, pero suavísima.

Su delicadeza de conciencia era cosa aparte. «A pesar de su inmenso amor para con los niños, dice uno de sus ayudantes, los trató siempre con gran respeto. Jamás le oí decir una mentira, agrega, y cuando le sugeríamos alguna disculpa en que se altera algo la verdad, rectificaba: «no, no fué así».

Su papel de «ángel de guarda visible», como Don Bosco llama a los Maestros y Asistentes, sabía desempeñarlo maravillosamente.

En los ensayos de teatro notábale quien a fondo lo estudiaba, cierta preocupación, lo mismo que en los recreos de la noche, como que bien sabía lo que trabaja en ciertas circunstancias el enemigo malo. Pero entonces, con la mayor calma y el mayor disimulo, se multiplicaba para verlos a todos y que lo vieran, para disolver corrillos, para iluminar rincones, para prevenir cuanto pudiera enturbiar en el ambiente colegial la limpidez de una virtud varonil que es el mejor y más sazonado fruto de los educandados cristianos.

Algo nervioso poníase cuando les daba a los niños por manosearse o ponerse las manos encima; les llamaba la atención apelando a la Urbanidad y recordándoles «lo que dice Carreño».

Observador como era, notaba que a veces en algún niño se verificaban ciertos cambios, y entonces, con la diligencia más esmerada redoblaba sus cuidados.

Alguna vez se le oyó decir con acento de tristeza: "Ya se maleó!"o"me lo están dañando!"

Cuando un niño era realmente escandaloso, alejábalo con firmeza, pero procurando rehabilitarlo.

En su cuadernito leo: "María Santísima, quiero ser para siempre vuestro; haced que muera antes que cometer un pecado contrario a la virtud de la modestia"... "Oh Virgen sin mancilla, haced que nadie reciba nunca de mí un mal ejemplo ni una tentación; haced que, como Don Bosco, inspire pureza y excite a la modestia, a la devoción y el amor de Dios!"–Y la Santísima Virgen se lo concedió.

La caridad del Maestro Corso era algo especial. Su fe le hacía ver en cada prójimo la persona adorable del Salvador. Y especialmente para con los niños esa caridad era difusiva y profunda. ¿Enfermaba un niño? El Maestro sufría y se afanaba como una madre en aliviarlo. ¿Sufría alguno un escándalo? El Maestro ardía.¿Se manifestaban especiales necesidades? No paraba hasta remediarlas.

Y no solamente en los niños se mostraba su caridad: se extendía a las familias, se derramaba sobre los menesterosos. No pudiendo él directamente remediar ciertas necesidades, sabía buscar bienhechores que lo hicieran. No hace mucho supo que una persona estaba seriamente enferma y muy necesitada.

Allá se presentó con un caritativo médico que puso remedio a todo.

Dice uno de sus compañeros de trabajo:

Alguien hablando a este respecto, dijo: "se dió"... y esto sería bastante para darnos una idea del alto grado en que poseía esta sublime virtud y como ella inspiraba y regulaba los actos de su vida hasta en sus más pequeños detalles... Ejemplo: aquella prontitud y alegría con que prestaba múltiples servicios, aunque fueran completamente ajenos a los cargos que ejercía, a superiores, hermanos y servidores; aquel afán de que reinara la paz y el contento entre sus compañeros, valiéndose para ello hasta de inocentes chanzas. El mismo, cuando vencido por la fatiga o por repentino malestar, se daba cuenta de esto; haciendo un esfuerzo decidido, se ponía de pie con prontitud diciendo — : ¡ «No! ¡fuéra el mal humor! hay que estar contentos y alegres para que puedan salir bien las cosas »...

Su exquisito dón de gentes, aquella caballerosidad, que seducía a cuantos le trataban, también tenía su origen en esta santa virtud. ¡Cuántas veces le ví, contrariado por alguna causa con sus niños, o pendiente, de algún trabajo urgente que hacer; llamado a la vez de la librería o venta de objetos religiosos, solicitado por la madre de un niño u otros visitantes, hacer un esfuerzo sublime, componer sus facciones e ir a recibirlos con la sonrisa en los

labios y con aquel su atento y peculiar: "¿qué me cuenta; que me dice. . .?"

Aquella caridad que de tantas maneras se alargaba de puertas afuera, siempre estuvo regulada por la más exquisita prudencia,como la más fiel observancia de la santa pobreza y la obediencia; jamás perjudicó ni a sus niños ni a la escuela. El se ingeniaba, pidiendo directamente valiéndose de algún bienhechor para remediar las ajenas necesidades cuando no podía por sí mismo.

Su caridad parece que Dios se complacía en hacerla oportunísima. Una vez que mandó a una familia unos panes que sobraron de la merienda de los niños, (cuenta un testigo) llegaron tan a tiempo a aquella casa y en medio de circunstancias tales, que la persona que los recibió, lo hizo de rodillas, bendiciendo la bondad de Dios y al santo Maestro Corso, instrumento de ella.

De su caridad o amor para con su familia hemos ya dicho bastante: amor intenso que con el tiempo se acrecía y se depuraba. ¡Con cuánta solicitud no atendió a su hermana Teresa cuando enfermó y se vió sujeta a una peligrosa intervención quirúrgica y como gozó cuando la vió asegurada y siguiendo en firme la vocación religiosa en el benemérito Instituto de las Siervas de Jesús Sacramentado! Y por sus demás hermanos y sus queridísimos padres cuánto rezaba y cómo se esforzaba en colmarlos

de atenciones! Bien claro se veía que la gracia perfeccionaba a la naturaleza.

Y con la Madre Congregación! Cuánto afán por serle útil, por ahorrarle disgustos y gastos! Cuánto celo en ganarle amigos y admiradores, en buscarle buenas vocaciones! Cuando podía mandar algún niño al aspirantado o al Noviciado, no podía disimular su contento, y luego seguía interesándose por ellos.

Y toda esta actividad se alimentaba de una piedad profunda. La Piedad, que "es útil para todo," era el manantial de donde brotaba todo ese florecimiento de virtudes y de obras. Su espíritu de fe se manifestaba de mil maneras.

Ante todo en una regularidad perfecta en la vida de Comunidad: jamás faltaba a la meditación, a la lectura espiritual, a las oraciones, a las visitas al Santísimo Sacramento.

Cuando comulgaba, edificaba por su recogimiento y compostura. Varias personas venían expresamente a la Misa de 5,30 para verlo comulgar: las edificaba su devoción - : "es un ángel" - repetían.

Como querían San Francisco de Sales y Don Bosco, tenía «mucha devoción y pocas devociones», pero és[illegible]s sólidas y profundas: las devociones de la [illegible]ongregación.

La que profesaba a Domingo Savio y a nuestro Santo Fundador, a la vista está.

Para que los niños tuvieran siempre ante sí a su modelo y protector, colocó en el jardín

del patio una bellísima estatua de Domingo Savio, que preside juegos y trabajos y leía su vida y repartía profusamente sus retratos y biografía.

De Don Bosco tenía una verdadera iconografía entre sus papeles: estudió los diversos modelos y del que más le gustó, (que fué un grupo estatuario ideado por nuestros Hermanos de Francia) colocó uno grande en el zaguán de la Escuelita y mandó hacer muchos pequeñitos, que propagó con profusión.

Ante la estatua del zaguán los fieles se postran de frecuente a orar con fe y muchas son las gracias con que esa fe ha sido recompensada. Siempre tiene flores, sin que nadie las pida y no faltan luces tampoco. Un cepillito para limosnas puso allí y por experiencia sabía que cuando necesitaba dinero solía encontrar los 20, 30 o 50 bolívares que le hacían falta. Un día muy temprano vió a un pobre cochero depositando allí unas monedas. — Qué hace Ud, ? eso le hace falta. — No, es una deuda que pago. Hacía más de una semana que no trabajaba, ya pensaba vender mi caballo, cuando se me ocurrió pedirle a San Bosco me diera trabajo. Y cinco carreras hice ayer después de mi súplica. Dos son para Don Bosco.

Su devoción a San José es de todos conocida. A él acudía con la confianza de un hijo. A su altar conducía todos los días un grupo de niños y la visita diaria al altar del Santo Patriarca ha quedado como una tradición imbo-

rrable. Los miércoles adornaba su altar; los 19 lo arreglaba más y el mes de marzo lo celebraba con esplendor.

En cuanto a María Auxiliadora y al Santísimo Sacramento, bastará decir que era... perfecto hijo de San Juan Bosco.

Cómo se afanaba en hacer corona y Corte de honor a la Celeste Reina, en celebrar su mes, en mantener arreglados sus altares. Y en esas procesiones brillantes ¡cuánto entusiasmo, cuánto ardor!

En las visitas diarias al Sagrario cómo se transformaba! De allí sacaba fuerza y fervor. Los días de Hora Santa eran fiestas para él. Y cuando había necesidades especiales o simplemente había que excitar el fervor de los niños, sabía establecer turnos y guardias de honor ante el Sagrario. A imitación de Don Bosco, el Tabernáculo era el centro de su vida.

Y con qué entusiasmo y esquisitez preparaba por Navidad el Nacimiento y para el Jueves Santo el Monumento, y en las Cuarenta Horas el trono del Santísimo! Aquellas flores y luces y colgaduras parecía que cantaban, porque reflejaban el amor con que se las dedicaba al servicio del Rey de los reyes. Era todo fe, fe viva y sentida!

Esta fe sentida lo hacía activísimo para servir al altar, para preparar fiestas, arreglar procesiones, adornar el Santuario y los nichos de los Santos: su gusto artístico era exquisí-

to. Lo hacía trabajar con celo en el fomento de las vacaciones sacerdotales y religiosas; vigilar, mejor, «asistir» a los niños para prevenir la ofensa de Dios, inspirar horror al pecado, estima de la Gracia, amor al estudio, cariño al trabajo. Esto era lo que lo hacía industrioso para propagar la Buena Prensa, ayudar a las Misiones, dar funciones de cine moral, fomentar los recreos bulliciosos, aumentar los atractivos del patio con sus juegos y aparatos.

Verdaderamente. . . el justo vive de fe y la fe vivifica y transforma, sobrenaturalizándolo, todo su vivir.

XXIV

Sereno ocaso

El 8 de Diciembre del año pasado, mientras los primorosos grupos de neocomulgantes se disponían para sacar las fotografías entre algazaras y cantos y en un esplendor de sol, el Maestro, discurriendo, como de costumbre, acá y allá para arreglarlo todo, se acercó a una señora anciana, gran bienhechora de la Obra y con grande aplomo le dijo: "Tenemos que hacer muy bien esta fiesta, porque será la última que preparo. –¿Cómo? piensa volver a Colombia?– O allá arriba! . . Alabado sea Je-

sús!"— Y continuó su ocupación con grande alegría. Fué presentimiento?

Cuentan los niños que uno de esos días el Maestro estaba como triste y que les dijo: "Pórtense muy bien, porque no quiero llevarme de Ustedes malos recuerdos." Y que se apretó el pecho como si le doliera.

De hecho, estaba cansado y casi desde el principio del año escolar se le notaba fatiga y la salud resentida, tanto que se le hizo adelantar de una semana larga las vacaciones de Navidad.

Como siempre, en la Novena estuvo muy animoso y preparó su belén con exquisito gusto y singular esmero.

Pero llamó la atención el que no se preocupara por preparar la excursión a Galipán, como los otros años. Casi todos los años va un Padre a ese sitio encantador, a celebrar las alegres fiestas. Para los nuestros es una excursión apostólica y a la par recreativa: para los numerosos habitantes de la montaña es como una misión. El Maestro gozaba en dar Catecismo y preparar los niños para recibir dignamente los Santos Sacramentos. Ahora no hizo ni dijo nada. En cambio se dió con gran calor a preparar el bazar de Reyes para sus niños. Y el Comercio y los bienhechores correspondieron como nunca: centenares de premios, algunos muy hermosos y hasta valiosos, llenaron el salón y él los catalogó minuciosamente. También despachó diligentísimamente al-

gunos encargos de los Rdos. Padres Ojeda y Frassato, de Valencia y Barcelona respectivamente.

En esos días dió con su aparatico de cine varias funciones tanto en casa como en el hospital y en otros institutos: todo muy edificante.

El 1° de enero, después de Misa, se sintió ligeramente indispuesto. El 2 se acentuó un poco la indisposición y por la tarde sintió como un dolor de apéndice. Se tuvo consulta de médicos: no hallaron apendicitis. Pero los dolores se hacian más y más agudos. El enfermo sufría con gran resignación, ofreciendo a Dios sus padecimientos y ofreciéndolos según las intenciones del Corazón de Jesús.

Si, como dijo Holbein, la principal misión de los artistas es representar la Pasión de Jesucristo, y la del religioso reproducirla en su vida, la del enfermo es unir su sacrificio al sacrificio del Calvario. Y esto fué lo que hizo el Hermano, apenas sospechó que el mal podía alargarse o tener funesto desenlace.

Los tratamientos y remedios de los doctores no daban el resultado apetecido. Los dolores aumentaban y el sueño huía de los párpados del paciente.

El día 4 ya se comenzó a temer por su vida. Se constató una inoginación y el Doctor Izquierdo optó por la operación si a las tantas horas, nuevas medicinas no decidían favorablemente. El R. P. Santolini, que como aman-

te Superior estaba constantemente a su lado, así se lo comunicó. El enfermo apenas lo podía creer; pero se abandonó completamente a la voluntad de Dios y siguió edificándonos con su paciencia y su constante oración.

Pasaron las horas fijadas por el Doctor y se decidió la intervención quirúrgica.

El buen Hermano hizo llamar a su confesor y arregló las cosas de su alma como si hubiera de morir.

Con gran trabajo se incorporó y por su pie quiso subir al automóvil que debía llevarlo al vecino hospital militar. Uno de sus más fieles ayudantes de tareas subió con él al carro. Y también lo hizo el R. P. Inspector.

En el hospital ya esperaba el Doctor operante. «Vamos a acudir al último recurso», murmuró a nuestro oído el cirujano.

Al subir a la mesa de operaciones, nos rogó el Hermano le diéramos aún la absolución. Recibió la anestesia.

El corazón empezó a fallar y los doctores a sostenerlo. En la lucha, la ciencia fué vencicida. No hubo operación.

Mientras boqueaba, se le administraron los Sántos Oleos.

— Vino aquí para morir sin dolor! exclamó su fiel ayudante.

—Efectivamente! confirmó uno de los facultativos; los dolores de esta enfermedad son horrorosos y las agonías terribles. Dios le ha ahorrado esto.

— Todo sea por El! Bendito sea! añadió con lágrimas el R. Padre Santolini.

— Ha muerto un Santico! exclamaron a un tiempo algunos enfermeros.

Eran las 9,30 de la noche, Primer Viernes, 4 de enero de 1935, Octava de los Santos Inocentes.

Los funerales fueron suntuosísimos. Todo el barrio se conmovió y del barrio se comunicó la noticia a la ciudad. Era una procesión continua. De Valencia vinieron los ancianos padres y los hermanos. En la misa Exequial comulgaron varias parsonas. Los niños del Colegio y los de la Escuelita habíanlo hecho en la de comunidad.

A las 4, 30 p. m. se hizo el traslado al cementerio. Al salir del Santuario, rumbo al Camposanto, había varios millares de personas; muchas lloraban; todas exaltaban las virtudes del extinto.

—¡Era un Santo!

—¡Tanto como quería a los niños!

—¡Cuánto bien le hacia a todo el mundo!

—¡Cuánta falta va a hacer!

Padres de familia de chicos de la Escuela querían llevar en hombros el cadáver hasta el Cementerio. Hubo que impedirlo, casi a la fuerza, permitiéndolo sólo hasta el Cruce con la Avenida del Este, pues el trayecto es de varios quilómetros y la tarde avanzaba. Muchos carros siguieron el Cortejo. A pesar del deseo mani-

festado de que no hubiera flores, la carroza se llenó de coronas.

Don Juan y Daña María, la Hermana Teresa y los demás hermanos del difunto edificaron a la concurrencia, con su presencia de ánimo, su valor cristiano, su serenidad de espíritu.

Abierta la fosa en el sencillo panteón salesiano, el R. P. Inspector pronunció conmovedoras palabras y los despojos del Hermano Corso bajaron a la tierra bendecida, al lado de su maestro y Director el Padre Riva y a la derecha de la preciosa estatua de María Auxiliadora, que protege nuestra tumba de familia y vela el sueño de sus hijos.

Ese mismo día, una pareja que vivía en mal estado y por quienes el Maestro venía rogando y trabajando, legitimaron su unión en homenaje del Hermano Corso.

Cuando el Excmo. Sr. Nuncio supo el fatal desenlace, exclamó: «Mucho lo siento. Era un religioso fervoroso. Lo consideraba como un hombre perfecto.»

ÍNDICE

1. La cuna 7
2. El pequeño apóstol 11
3. Más de la infancia 14
4. Otros testimonios de ese idilio 17
5. La primera comunión 19
6. Una crisis 22
7. En el internado 25
8. El estudiante de Latín 29
9. Por qué no fué Sacerdote 34
10. El Noviciado 37
11. Los primeros votos 42
12. Las primeras armas 45
13. El primer vuelo 49
14. De Vacaciones 53
15. La Vuelta a la Patria 61
16. La Escuela Don Bosco 66
17. El Maestro 70
18. El Asistente 75
19. El Catequista 80
20. El Vicedirector 85
21. «Corsito» 92
22. El hombre de acción 97
23. Ramillete 107
24. Sereno ocaso 115

— Todo sea por El! Bendito sea! añadió con lágrimas el R. Padre Santolini.

— Ha muerto un Santico! exclamaron a un tiempo algunos enfermeros.

Eran las 9,30 de la noche, Primer Viernes, 4 de enero de 1935, Octava de los Santos Inocentes.

Los funerales fueron suntuosísimos. Todo el barrio se conmovió y del barrio se comunicó la noticia a la ciudad. Era una procesión continua. De Valencia vinieron los ancianos padres y los hermanos. En la misa Exequial comulgaron varias parsonas. Los niños del Colegio y los de la Escuelita habíanlo hecho en la de comunidad.

A las 4, 30 p. m. se hizo el traslado al cementerio. Al salir del Santuario, rumbo al Camposanto, había varios millares de personas; muchas lloraban; todas exaltaban las virtudes del extinto.

— ¡Era un Santo!

— ¡Tanto como quería a los niños!

— ¡Cuánto bien le hacía a todo el mundo!

— ¡Cuánta falta va a hacer!

Padres de familia de chicos de la Escuela querían llevar en hombros el cadáver hasta el Cementerio. Hubo que impedirlo, casi a la fuerza, permitiéndolo sólo hasta el Cruce con la Avenida del Este, pues el trayecto es de varios quilómetros y la tarde avanzaba. Muchos carros siguieron el Cortejo. A pesar del deseo mani-

festado de que no hubiera flores, la carroza se llenó de coronas.

Don Juan y Daña María, la Hermana Teresa y los demás hermanos del difunto edificaron a la concurrencia, con su presencia de ánimo, su valor cristiano, su serenidad de espíritu.

Abierta la fosa en el sencillo panteón salesiano, el R. P. Inspector pronunció conmovedoras palabras y los despojos del Hermano Corso bajaron a la tierra bendecida, al lado de su maestro y Director el Padre Riva y a la derecha de la preciosa estatua de María Auxiliadora, que protege nuestra tumba de familia y vela el sueño de sus hijos.

Ese mismo día, una pareja que vivía en mal estado y por quienes el Maestro venía rogando y trabajando, legitimaron su unión en homenaje del Hermano Corso.

Cuando el Excmo. Sr. Nuncio supo el fatal desenlace, exclamó: «Mucho lo siento. Era un religioso fervoroso. Lo consideraba como un hombre perfecto.»

ÍNDICE

1. La cuna 7
2. El pequeño apóstol 11
3. Más de la infancia 14
4. Otros testimonios de ese idilio 17
5. La primera comunión 19
6. Una crisis 22
7. En el internado 25
8. El estudiante de Latín 29
9. Por qué no fué Sacerdote 34
10. El Noviciado 37
11. Los primeros votos 42
12. Las primeras armas 45
13. El primer vuelo 49
14. De Vacaciones 53
15. La Vuelta a la Patria 61
16. La Escuela Don Bosco 66
17. El Maestro 70
18. El Asistente 75
19. El Catequista 80
20. El Vicedirector 85
21. «Corsito» 92
22. El hombre de acción 97
23. Ramillete 107
24. Sereno ocaso 115

Este librito se vende en beneficio de
la Escuela gratuita "Don Bosco" al precio de
Bs. 1,00.